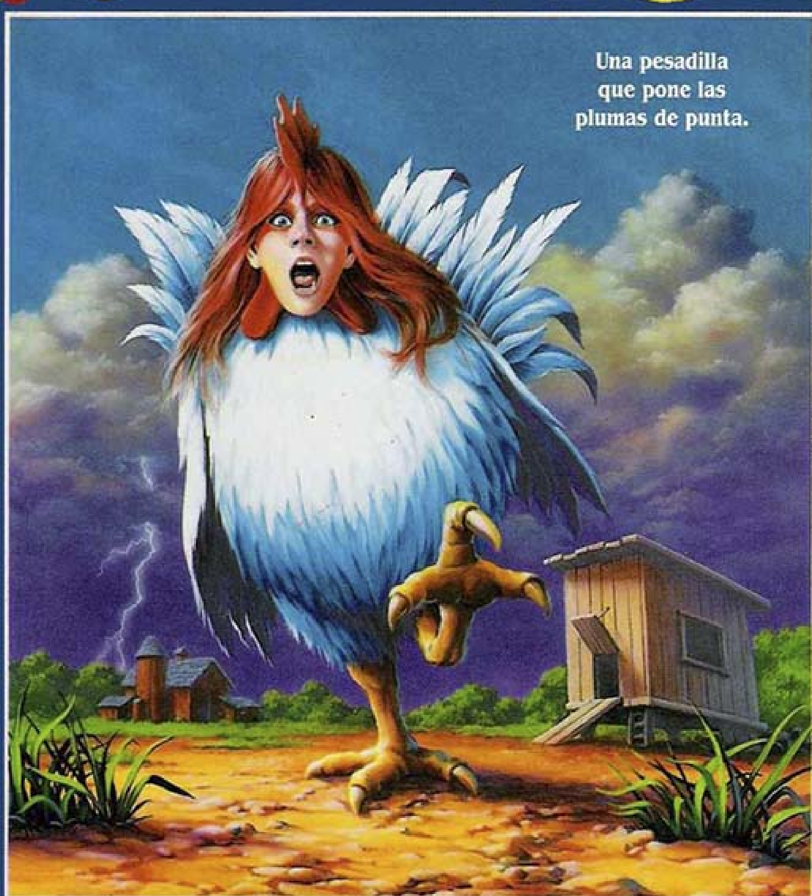
R. L. STINE

Pesadillas

Los labios de Crystal



Vanessa es una chica realmente extraña: viste de negro de pies a cabeza, se pinta los labios de negro y lanza hechizos (o al menos eso es lo que ella dice).

Crystal y su hermano Cole no creyeron en sus poderes, hasta que la oyeron hacer, furiosa, una rara advertencia: «Gallina, gallina».

Fue entonces cuando los labios de Crystal se volvieron tan duros como el pico de un pájaro y a Cole le empezaron a salir unas horribles plumas blancas por todo el cuerpo…



R. L. Stine

Los labios de Crystal

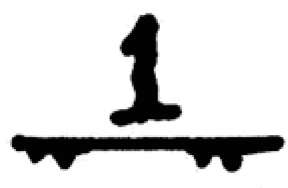
Pesadillas - 51

ePUB r1.1
nalasss 19.07.2013

Título original: *Goosebumps #53: Chicken Chicken*
R. L. Stine, 1997.
Traducción: Gemma Moral
Diseño portada: Estudio EDICIONES B

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0





Detesto las gallinas.

Son unos animaluchos asquerosos que huelen a… a… gallina.

—Crystal, te toca dar de comer a las gallinas —dice mamá. Las palabras que más odio.

Llevo el cubo de grano al corral y vienen corriendo, cacareando, chillando y agitando sus alas grasientas.

Odio el modo en que me rozan las piernas cuando picotean el grano del suelo. Tienen las plumas ásperas y rasposas.

Mi hermano Cole y yo intentamos convencer a mis padres a toda costa de que se deshagan de las gallinas.

—Sólo porque vivamos en una granja no es necesario que tengamos gallinas —les digo yo siempre.

—¡Exacto! ¡No somos granjeros! —añade Cole—. Así que, ¿por qué hemos de aguantar esas gallinas apestosas?

—Siempre fue nuestro sueño —contesta invariablemente mamá. Bla, bla, bla.

Cole y yo hemos oído la historia del sueño mil veces. Nos repiten que mamá y papá crecieron en el Bronx de Nueva York, que detestaban el ruido, la suciedad y el cemento, que soñaban con abandonar la ciudad para siempre y vivir en una granja cerca de una pequeña población rural.

Así que, cuando Cole tenía dos años y yo cuatro, nos mudamos a Goshen Falls. ¡Vaya suerte! El pueblo no tiene más que tres manzanas. Vivimos en una monada de granjita con una casita que es una monada y, aunque mamá y papá son programadores de

ordenador y no granjeros, tenemos un corral lleno de gallinas.

Co, co, co. Ese es su sueño. El mío es que a Cole lo castiguen por bocazas, y que su castigo sea dar de comer a las gallinas durante el resto de su vida. Todo el mundo ha de tener su sueño, ¿no?

—¡Ay! —Una gallina me había picado en el tobillo. ¡Cómo dolía! Las gallinas tienen el pico muy afilado.

Arrojé un último puñado de grano al suelo y salté hacia atrás para alejarme de aquellas criaturas groseras que no paraban de cacarear. Sus ojillos negros brillaban a la luz del sol mientras caminaban sobre la hierba dándose picotazos unas a otras, empujándose para quitar a las demás de en medio e inclinar el flaco cuello hasta el suelo en busca de comida.

Dejé caer el cubo en el fondo del pequeño granero que usamos también como garaje. Luego me lavé las manos bajo el agua fría del grifo que hay en la pared del granero.

Oí el ruido amortiguado de un motor. Una sombra se deslizó sobre el edificio. Alcé la cabeza y vi un pequeño avión que volaba bajo las algodonosas nubes de la tarde.

Respiré hondo. Flotaba en el aire un fuerte aroma a patatas. Eso es lo que los granjeros cultivan por aquí: patatas y maíz.

Me sequé las manos en las perneras de los téjanos y fui corriendo en busca de mi hermano. Era una soleada tarde de sábado. La mayoría de mis amigos del colegio se habían ido de excursión.

Mamá me había pedido que vigilara a mi hermano. Cole tiene diez años, dos menos que yo, pero a veces se comporta como si tuviera cuatro. Lo único que sabe hacer es buscar el modo de meterse en líos.

Recorrí el pueblo sin hallar rastro de él. Pregunté a la señora Wagner, de la panadería, si lo había visto. A Cole le gusta ir a suplicarle que le dé buñuelos gratis. La señora Wagner me dijo que había visto a Cole y a su amigo Anthony salir del pueblo en dirección al estanque de Pullman.

«Oh, oh. ¿Qué pensarán hacer ésos allí?», pensé, ya camino de la puerta.

—Me encanta tu cabello, Crystal —dijo la señora Wagner—. Tiene un tono rojo oscuro muy bonito. Deberías ser modelo, en

serio, con lo alta y delgada que eres.

—¡Gracias, señora Wagner! —le respondí desde la puerta, que ya se cerraba a mi espalda. No pensaba en mi pelo ni en ser modelo, sino en Cole, Anthony y el estanque.

Corrí por el pueblo hacia allí. Saludé al señor Porter, que estaba en la ventanilla del Pic'n'Pay. Luego abandoné la calle para seguir el camino de tierra que conducía al estanque de Pullman. No tuve que ir muy lejos para encontrar a Cole y a Anthony. Estaban escondidos tras el largo seto que circunda la propiedad de Vanessa.

Miré por encima del seto hacia la vieja y desvencijada granja en la que vive. ¿Que quién es Vanessa? Podría decirse, supongo, que es la persona más interesante de Goshen Falls, y la más extraña también.

En realidad, Vanessa parece salida de una película de terror. Es bastante bonita, lleva una larga melena negra y lisa y tiene el rostro blanco, pálido. Va siempre vestida de negro, y color con el que también se pinta los labios y las uñas. Es una mujer enigmática; nadie sabe si es joven o vieja, no habla con nadie y apenas se la ve en el pueblo. Vive en una vieja granja en las afueras con su gato negro. Naturalmente, todo el mundo cree que es una especie de hechicera.

He oído todo tipo de historias sobre ella: historias de miedo. La mayoría de los niños de Goshen Falls la temen, pero eso no les impide gastarle bromas y siempre andan desafiándose a acercarse a su casa a hurtadillas. Es una especie de juego al que todos se apuntan: acercarse a su casa sigilosamente, dar unos golpes en la ventana y hacer que el gato pegue un bufido. Luego hay que salir corriendo antes de que te vea Vanessa.

—¡Eh, Cole! —llamé en un fuerte susurro, y corrí a lo largo del seto con la cabeza agachada. No quería que Vanessa me viera si estaba en casa.

—Eh, Cole, ¿qué hacéis?

Al acercarme más, vi que Cole y Anthony no estaban solos. Junto a ellos había otros dos niños acurrucados tras el seto: eran Franny Jowett y Jeremy Garth.

—Ssshhhh —dijo Cole, llevándose un dedo a la boca—. Vanessa está dentro.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté. Vi que Franny y Jeremy tenían cada uno una jarra de agua de plástico en la mano—. ¿Qué lleváis ahí, limonada?

Ellos menearon la cabeza solemnes.

—Unos niños les han desafiado a que llenen de agua el buzón de Vanessa —explicó Cole.

—¿Cómo? —dije yo, boquiabierta, y miré a Franny y a Jeremy —. No pensaréis hacerlo, ¿verdad?

—Tienen que hacerlo —dijo Cole, respondiendo por ellos—. Un desafío es un desafío.

—¡Pero eso es una mala pasada! —protesté yo. Mi hermano soltó una risita.

—El buzón está justo al lado de la puerta principal. Es imposible que lo hagan sin que los pille.

Franny y Jeremy son rubios y de piel muy blanca, pero en aquel momento parecían más pálidos de lo habitual.

Jeremy tragó saliva con dificultad. Franny apretó con fuerza la jarra que llevaba y se asomó para mirar por encima del seto hacia el negro buzón metálico que coronaba el poste inclinado.

—Aceptasteis el desafío. ¿Vais a arrugaros ahora? —preguntó Cole.

Franny y Jeremy se miraron con nerviosismo, sin contestar.

—No lo hagáis —dijo Anthony, interviniendo de repente; todos nos volvimos hacia él. Es bajo y regordete, tiene la cara redonda y lleva muy corto el cabello negro. Además usa gafas de montura roja que le resbalan siempre sobre la chata nariz.

—No lo hagáis —repitió.

—¿Por qué, n-no? —balbució Franny.

—¿No oísteis lo que pasó cuando Vanessa pilló a Tommy Pottridge? —preguntó Anthony en un susurro—. ¿No os enterasteis de lo que le hizo?

—¡No! —exclamaron ellos al unísono, y yo sentí que un escalofrío de espanto me recorría la espalda.

—¿Qué le hizo Vanessa a Tommy? —quise saber.

2

Miré por encima del crecido seto. ¿Se había movido algo en la ventana de Vanessa? No. No era más que un reflejo del sol en el cristal. Nos apretujamos en torno a Anthony. Aunque era un cálido día de primavera, de repente sentí escalofríos.

—¿Qué le hizo Vanessa a Tommy? —repetí en un susurro.

—Lo pilló cuando intentaba acercarse a su casa —respondió Anthony—. Le lanzó una especie de encantamiento y la cabeza le explotó como un globo.

—¡Venga ya! —exclamé, poniendo los ojos en blanco.

—¡No, en serio! —protestó Anthony—. Le quedó una cabeza enorme, blanda y viscosa como una esponja.

Cole se echó a reír y Anthony le tapó la boca con la mano.

—¡Es cierto! —insistió—. Vanessa le dejó una cabeza grande, blanda y esponjosa. ¡Por eso ya no se ve a Tommy por ahí!

—¡Porque los Pottridge se fueron del pueblo! —exclamó Franny.

—Se fueron por eso —replicó Anthony—, por la cabeza de Tommy.

Nos quedamos todos paralizados un momento, pensando en la historia de Anthony. Intenté imaginar a Tommy con una enorme cabeza blanda como el chicle.

—¡Dame eso! —exclamó Cole de repente, y arrebató a Jeremy la jarra de agua—. Yo llenaré el buzón. No tengo miedo.

—¡Ni hablar! —dijo Jeremy, intentado recuperar la jarra de manos de mi hermano. Luego se volvió hacia Franny—. Lo haremos nosotros, ¿a que sí? Nos han desafiado, así que tenemos que hacerlo

nosotros, ¿a que sí?

—Supongo que sí —dijo Franny, tragando saliva.

—¡De acuerdo! —exclamó Cole satisfecho dando a ambos una palmada en la espalda; Franny estuvo a punto de dejar caer la jarra de agua—. ¡Podéis hacerlo! Muchos niños le hacen jugarretas a Vanessa, y no acaban con la cabeza como una esponja.

—Sigo pensando que es una mala pasada llenarle a alguien el buzón de agua —dije—. Y no vale la pena correr ese riesgo.

Nadie quiso escuchar mis advertencias. Franny y Jeremy caminaron de puntillas hasta el finaldel seto, luego avanzaron despacio por la hierba y entre los abundantes matojos.

Caminaban con las jarras de plástico sujetas con ambas manos y sin apartar los ojos del buzón torcido, que estaba a la derecha de la puerta, mientras Cole, Anthony y yo salíamos a gachas de detrás del seto para mirar. Contuve la respiración y miré hacia la ventana esperando ver a Vanessa.

Franny y Jeremy se movían como a cámara lenta. ¡Parecía que no iban a llegar nunca al buzón! Sobre la hierba revoloteaban centenares de diminutos mosquitos blancos, que a la luz del sol centelleaban como joyas. Franny y Jeremy estaban rodeados de mosquitos, pero no dejaban de mirar el buzón. Los otros dos chicos y yo nos acercamos un poco más, impacientes por ver mejor, pero en el exterior de la casa no parecía haber nadie. Avanzamos un poco. Por fin, Jeremy bajó la tapa metálica del buzón; él y Franny levantaron las jarras de plástico y vertieron el agua, que cayó con un leve chapoteo sobre el metal.

Franny vació su jarra, y Jeremy estaba a punto de acabar de vaciar la suya cuando, de repente, la puerta se abrió de par en par y Vanessa salió de la casa hecha una furia. Llevaba un amplio vestido negro y el cabello suelto en una melena leonina. Abrió los labios pintados de negro en una colérica exclamación. Desde el interior de la casa salió el agudo maullido del gato.

A Franny se le cayó la jarra de las manos. Se agachó para recogerla, pero cambió de opinión y echó a correr. Jeremy se había metido ya entre los arbustos del extremo más alejado de la casa y Franny le siguió de cerca. Cole, Anthony y yo no nos habíamos movido: seguíamos en la hierba, paralizados, mirando a Vanessa.

Solté un gemido ahogado cuando vi la mirada furiosa de Vanessa posarse sobre nosotros y me volví hacia Cole y Anthony.

—¿Por qué nos mira así? —conseguí articular—. ¡No creerá que lo hemos hecho nosotros!

3

Me quedé completamente rígida, como si Vanessa me hubiera lanzado una especie de rayo láser con la mirada. Con gran esfuerzo, conseguí darme la vuelta y echar a correr. Cole y Anthony corrían también, uno a cada lado. Nuestras zapatillas deportivas hacían un ruido sordo sobre el camino de tierra y levantaban nubes de polvo. Los campos daban vueltas en torno a mí como un borrón verde y marrón.

Llegamos al pueblo y lo atravesamos sin detenernos, sin decir palabra, ¡sin mirarnos siquiera!

La señora Wagner salió de la panadería y quiso saludarnos. De reojo, vi su rostro sorprendido cuando los tres pasamos corriendo por delante de ella sin detenernos. Corrimos hasta llegar a mi casa. Abrimos la puerta de la cerca con tanta fuerza que toda ella dio una sacudida. Luego abrí la puerta de casa empujándola con el hombro y los tres entramos a trompicones en la sala de estar, donde me dejé caer de rodillas en la alfombra, jadeante. Cole y Anthony se desplomaron en el sofá, intentando recobrar el aliento.

Me aparté el pelo de la frente sudorosa. El reloj de la repisa de la chimenea dio las tres. Cole y Anthony prorrumpieron en carcajadas y yo los miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué os hace tanta gracia? —pregunté, sin resuello, y eso los hizo reír aún más—. ¿Qué os hace tanta gracia, chicos? —repetí. Me puse en pie apoyando las manos en el suelo y luego me planté con los brazos en jarras, esperando una respuesta—. ¿De qué os reís?

—¡No lo sé! —respondió Cole al fin.

—¡Yo tampoco! —dijo Anthony, y volvieron a reír.

—Estáis como cabras —musité yo, meneando la cabeza—. No ha sido divertido. Nos hemos llevado un buen susto.

Cole se serenó y su expresión se volvió seria.

—¿Habéis visto cómo nos miraba Vanessa?

—A Franny y a Jeremy no los ha visto —dijo Anthony—. Sólo nos ha visto a nosotros. —Se quitó las gafas y se las limpió con la manga de la camiseta. Su corto cabello negro brillaba de sudor.

—¿Y si Vanessa decide hacernos algo terrible? —dije yo, con un estremecimiento—. Entonces se os quitarían las ganas de reír.

Cole se incorporó un poco y se pasó una mano por el ondulado cabello rubio. Cole es alto y más delgado incluso que yo. A veces parece un saltamontes.

—Crystal, ¿qué quieres decir? —preguntó en voz baja.

—Quiero decir que si Vanessa cree que somos nosotros los que le hemos llenado de agua el buzón, a lo mejor decide castigarnos y hacer que se nos hinche la cabeza o algo así.

—¡Pero nosotros no hemos hecho nada! —protestó Anthony—. Tenemos que decirle que han sido Franny y Jeremy.

—Chivato —murmuró Cole, sonriendo a su amigo.

—Quizá no nos deje explicarnos —dije yo—. Quizá se limite a hacernos algo horrible. —Entré en la cocina—. ¿Queréis tomar algo, chicos? —No oí su respuesta. Abrí el frigorífico y saqué una botella de té frío. Un segundo después, dejé escapar un aullido de dolor.

4

—Crystal, ¿qué pasa? —preguntó Cole, que entró corriendo en la cocina.

—Ohhhh —exclamé, estremecida de dolor.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió él. Yo sacudí la mano intentando ahuyentar el dolor.

—La puerta del frigorífico —conseguí balbucir—. Me he pillado la mano al cerrarla. —Sacudí la mano un poco más y luego comprobé si podía mover todos los dedos. Así era: no estaban rotos —. ¿Por qué sonríes? —pregunté, alzando los ojos hacia Cole.

—No te has pillado la mano —respondió—. ¡Ha sido Vanessa!

Anthony soltó una risita desde la puerta.

—¡Cole, no te hagas el gracioso! —chillé. Lo agarré por el cuello y fingí estrangularlo, pero tuve que soltarlo porque aún me dolía la mano que me había pillado con la puerta del frigorífico.

—Vanessa te ha lanzado una maldición —dijo Anthony, siguiendo la broma de Cole—. Ahora seguramente se te pondrá la mano como un melón.

—Y blanda y viscosa como la cabeza de Tommy —añadió Cole, regocijado—. Blanda y viscosa… ¡como tu cerebro!

—¡No tiene gracia! ¡No tiene gracia! —insistí. Sentía un poco de miedo, lo admito. No me gusta bromear con ese tipo de cosas. La mano me dolía y la notaba caliente. Abrí el congelador y la metí dentro—. ¿Y si Vanessa tuviera poderes de verdad? —les pregunté —. ¿Y si ha sido ella realmente la que ha hecho que la puerta del frigorífico me pillara la mano?

Cole y Anthony alzaron las manos y las abrieron y cerraron como si me lanzaran encantamientos.

—¡Cabeza de esponja! —exclamó Cole, bajando la voz para parecer un auténtico hechicero—. ¡Esta noche secarás los platos con la cabeza!

Fue entonces cuando llegaron mamá y papá.

—¿Qué rábanos…? —exclamó mamá—. Crystal, ¿qué haces con la mano metida en el congelador?

—Eh… oh… —Saqué la mano y cerré la puerta—. Sólo me la estaba refrescando —me justifiqué.

—¿Refrescándote una mano? —preguntó ella, mirándome con los ojos entrecerrados.

—En realidad me la he pillado con la puerta del frigorífico —expliqué.

—Vanessa se la ha pillado con la puerta —me corrigió Cole.

—¿Vanessa? —preguntó papá, acercándose al fregadero—. ¿Te refieres a esa mujer tan rara que vive en las afueras del pueblo?

—¿Habéis estado molestando otra vez a esa pobre mujer? —preguntó mamá—. ¿Es que no tenéis nada mejor que hacer que ir a su casa a gastarle bromas pesadas?

—Nosotros no hemos hecho nada —saltó Cole a la defensiva—. De veras.

—Es verdad —lo apoyó Anthony.

—¿Entonces por qué habéis nombrado a Vanessa? —preguntó mamá a Cole. Creí oportuno cambiar de tema.

—¿Dónde estabais? —pregunté a mis padres.

—Fuera, intentando decidir dónde levantar la cerca del huerto —respondió papá mientras se lavaba las manos en el fregadero, pese a que mamá siempre le riñe por hacerlo.

—Si no tuviéramos gallinas, no necesitaríamos cerca —refunfuñé, malhumorada—. Creo que deberíais deshaceros…

—A propósito de las gallinas —dijo mamá, interrumpiéndome—, Cole, algunas se han alejado hasta la valla de atrás. ¿Quieres ir y devolverlas al corral?

—¡Redada de gallinas! —exclamé alegremente, y le di a Cole una palmada en la espalda—. ¡Felicidades! ¡Tu tarea predilecta!

—¡Pero eso no es justo! ¡La última vez también lo hice yo! —

gimoteó Cole—. ¡Esta vez le toca a Crystal!

—Yo les he dado de comer esta mañana —dije—, y no me tocaba. Además, a ti te resulta más fácil reunirías, ¡porque tienes la pinta de un gallo enorme!

Todos se rieron menos Cole, que soltó unos gruñidos y sacudió la cabeza. Luego aferró a Anthony por el brazo y se lo llevó fuera para que le ayudara a reunir las gallinas. Instantes después se oyeron cacareos y chillidos en la parte de atrás, y también los gritos y las quejas de los chicos. ¿Habéis intentado alguna vez reunir unas gallinas dispersas? No es nada fácil.

La mano me dolió todo el día y, cada vez que lo notaba, me acordaba de Vanessa y de sus fríos ojos mirándonos.

«No va a hacernos nada —me decía—. No puede hacernos nada. Esas historias sobre ella no pueden ser ciertas.»

Me repetí estas frases una y otra vez, pero aquella noche me resultó difícil conciliar el sueño. Veía una sombra que se movía por la pared del dormitorio: la sombra de un gato.

Salté de la cama y bajé la persiana. La habitación quedó sumida en una total oscuridad. Ya no se veían sombras en la pared, pero seguía sin poder dormirme y con los ojos muy abiertos.

—Crystal, duérmete —me ordené—. Te has asustado sin motivo.

Un crujido me hizo dar un respingo. Se abrió la puerta de mi dormitorio y dejó entrar una tenue luz. Otro crujido, y la rendija por la que entraba la luz se ensanchó. Tragué saliva mientras contemplaba cómo se abría la puerta lentamente. Comprendí que alguien entraba sigilosamente en mi dormitorio, alguien que llevaba un velo negro y un largo vestido del mismo color.

¡Vanessa!

5

Abrí la boca para gritar, pero sólo salió un débil gemido. Fui a saltar de la cama, pero ¿adónde iría?

Vanessa avanzó silenciosamente hacia mí con los brazos extendidos como si quisiera agarrarme, el rostro oculto tras el grueso velo negro. ¿Cómo había entrado en casa? ¿Qué pensaba hacerme? Daba vueltas mentalmente a estas aterradoras preguntas. Se inclinó sobre mi cama con las manos tendidas hacia mi garganta.

—¡No! —conseguí exclamar, y alcé las manos a mi vez para apartarla. Luego aferré el velo y tiré de él.

¡Era Cole! A la tenue luz que entraba por la puerta, pude ver su sonrisa.

—¡Cole, eres un idiota! —chillé. Tiré el velo al suelo y me abalancé sobre mi hermano para intentar derribarlo, pero fallé y me caí de la cama.

—¡Cole, eres un desgraciado! ¡Me has dado un susto de muerte!

No creo que me oyera, porque no paraba de reír. Me puse en pie y él se alejó de mí. Riendo todavía, retrocedió hacia la puerta.

—¡Has creído que era Vanessa! —exclamó.

—No es verdad —mentí—. Sólo me has asustado. Eso es todo.

—Eso además —insistió él—. Creías que era Vanessa. ¡Creías que había venido para vengarse por lo de antes!

—¡No es cierto! ¡No es cierto! —protesté airadamente. Él hizo varios movimientos con las manos como si me lanzara un hechizo.

—¡Abracadabra! ¡Eres una cabeza de esponja!

Volvió a echarse a reír. Se creía muy gracioso.

—¡Yo sí que me voy a vengar de ti! —le prometí—•. Te lo juro. Me las pagarás.

Sacudiendo la cabeza, Cole salió de la habitación; la larga cola de la falda negra barría el suelo. Con un gruñido de rabia, recogí el velo y se lo tiré a la espalda. Luego ahuequé la almohada con furia. ¿Por qué dejaba que me engañara de aquella manera? Después de aquello, le diría a todo el mundo en la escuela que yo creía que Vanessa se había metido en mi habitación. Con el corazón latiendo aún aceleradamente volví a meterme en la cama, pero estaba tan furiosa que tardé horas en conciliar el sueño y, cuando por fin me dormí, soñé con un gato.

Era un horrible gato negro de ojos amarillos encendidos y lengua roja como la sangre. El gato acechaba en una habitación enteramente blanca. De repente, la habitación se convirtió en mi dormitorio. En el sueño, el gato se acercaba a los pies de mi cama y abría la boca. La roja lengua se proyectó sobre los dientes amarillos y el gato empezó a aullar. Era un sonido agudo, irritante, como el de unas uñas arañando una pizarra. El gato aulló y aulló con la boca cada vez más abierta, lanzando llamaradas por los ojos.

Yo no podía soportar aquel sonido. En el sueño me vi tapándome las orejas con las manos, pero el agudo aullido iba en aumento. El gato se acercó flotando, más y más, y abrió la boca como si quisiera engullirme.

Me desperté, sorprendida por el súbito silencio. Después de aquel sueño que parecía, tan real, esperaba encontrar al gato aullando sobre mi colcha.

La luz del sol se filtraba por la persiana y dibujaba formas en el suelo. Vi el velo negro y arrugado junto a la puerta.

No había ningún gato. Me desperecé y salí de la cama. Luego me vestí para ir al colegio bostezando sin parar.

Mamá ponía en la mesa un plato de cereales y un vaso de zumo de naranja para mí cuando entré en la cocina.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Fatal —refunfuñé yo, y me dejé caer en la silla para desayunar —. Primero no podía dormirme, y luego he tenido una pesadilla muy desagradable.

Mamá chasqueó la lengua, se acercó al fregadero y llenó de agua

la cafetera. Pensé en contarle la estúpida broma de Cole, pero decidí que sería mejor no hacerlo. Sólo conseguiría que mamá se empeñara en saber qué hacíamos en casa de Vanessa el día anterior.

—¿Qué harás después de clase, Crystal? —me preguntó mientras cerraba la cafetera—. Lo mejor sería que vinieras a casa y descansaras un poco.

—Ni hablar —repliqué, engullendo una cucharada de cereales—. Tengo entrenamiento de baloncesto. La entrenadora Clay dice que va a darme más minutos. Le comenté que estaba harta de ser la sexta jugadora. Quiero estar en la alineación desde el principio, pero nunca me dan tiempo suficiente para demostrar lo buena que soy.

Mamá se volvió hacia mí. Sopló hacia arriba para apartar un mechón de cabellos castaños que le había caído sobre la frente.

—Quizá por eso no podías dormir anoche. Quizás estabas nerviosa por el entrenamiento de baloncesto.

Me encogí de hombros. No quería contarle la verdadera razón de mi insomnio. Oí a Cole bajar las escaleras con estrépito. Mamá le sirvió un plato de cereales.

—¿Cuándo vas a comprarle el regalo a Lucy-Ann? —me preguntó mamá—. Ya sabes que el sábado es su fiesta de cumpleaños.

Lucy-Ann es una de mis mejores amigas. Hace semanas que no habla más que de su cumpleaños. ¡Cumple trece! Está muy excitada con la idea de convertirse en adolescente.

—Quizá vaya a comprarlo mañana después de clase —contesté.

—¿Has pensado en algo?

Abrí la boca para responder, pero Cole entró en tromba en la cocina. Una mirada a su rostro y mamá y yo contuvimos la respiración.

—¡Cole! —exclamó mamá.

—Mi ca… cara —balbució él. Tenía la frente y las mejillas cubiertas de grandes llagas, de horribles pústulas rojas—. Me duele —dijo con un gemido. Se volvió hacia mí y musitó—: Vanessa. Esto me lo ha hecho Vanessa.



Cole se dejó caer al suelo de rodillas y se cubrió la cara con las manos. Yo me levanté de un salto.

—¿Cole…?

—¡Llamaré al médico! —exclamó mamá—. ¿O debería llamar a una ambulancia? —Se inclinó sobre Cole—. ¿De verdad te duele?

Cole bajó las manos lentamente y, mientras lo hacía, vi su sonrisa de oreja a oreja, y también que se le habían manchado las manos de rojo.

—¡Cole! —grité, encolerizada.

Mamá se quedó boquiabierta con una mano en el teléfono, dispuesta a llamar al médico.

—Rotulador rojo —dijo Cole, sin dejar de sonreír. Luego estalló en carcajadas.

—¡Aaaah! —grité con furia, y le tiré la cuchara con que me estaba comiendo los cereales, que le rebotó en el pecho, cayó al suelo de linóleo y dio unos cuantos botes con estrépito.

—¡No tiene gracia! —chillé.

—Cole —dijo mamá, meneando la cabeza—, me has asustado. —Suspiró. Cole se levantó y me señaló con el dedo.

—Crystal, te he dicho que esto me lo había hecho Vanessa y te lo has creído —recalcó acusador.

—¡Haces unas bromas tan estúpidas! —grité yo—. No volveré a creerte nunca más. ¡No te creeré aunque te atropelle un camión de verdad!

Di media vuelta y salí de la cocina hecha una furia. A mi

espalda, oí a mi madre decirle a Cole:

—Tienes que dejar de dar esos sustos a tu hermana.

—¿Por qué? —preguntó Cole.

Fui en busca de la mochila y salí de casa dando un portazo. Decidí olvidarme por completo de Vanessa y no pensé en ella ni una sola vez en todo el día. De hecho, no pensé en ella hasta el día en que volví a verla, y fue entonces cuando empezó realmente la pesadilla.

7

—¿Es ése el pastel de Lucy-Ann? —preguntó Cole.

—Bueno, ahí pone «FELIZ CUMPLEAÑOS, LUCY-ANN» —dije yo—. Así que, ¿te ha sido muy difícil adivinarlo, genio?

Cole, Anthony y yo aplastábamos la nariz contra el cristal de la panadería, donde había varios pasteles de cumpleaños escarchados. El de Lucy-Ann estaba en el centro del estante, listo para la fiesta del sábado siguiente.

Vi a la señora Wagner saludándonos con la mano desde detrás del mostrador y le devolví el saludo. Luego miré la hora.

—Oye, llego tarde —avisé a los chicos—. Tengo que comprarle un regalo a Lucy-Ann y volver a casa para estudiar matemáticas.

Corrí hacia el Mini-Mart que hay en la esquina, al lado de la tienda de ultramarinos. Llevaba intención de comprarle un CD. Al final de la manzana, el viejo podenco del señor Horace se había estirado en medio de la calle Mayor, y se rascaba perezosamente la oreja sarnosa con una pata trasera, como si fuera el dueño del pueblo. Oí reír a Cole y a Anthony detrás de mí, me volví y agité las manos para ahuyentarlos.

—Daos una vuelta, chicos. No tenéis por qué seguirme.

No me hicieron caso, como de costumbre. Cole se sacó un huevo del bolsillo. Sus ojos chispeaban de malicia.

—¡Piensa deprisa! —exclamó, y le arrojó el huevo a Anthony, que lo recogió en el cuenco de ambas manos. Sin pausa alguna, volvió a tirárselo a mi hermano.

—Por favor —rogué—. Ese estúpido juego, no.

Cole tuvo que estirarse, pero consiguió capturar el huevo con una mano. Aquél era uno de sus juegos, uno que me ponía frenética. Se iban lanzando un huevo mientras caminaban y, a cada lanzamiento, se alejaban un poco más el uno del otro. La gracia estaba en ver hasta dónde llegaban sin que se les rompiera el huevo. Por lo general, no muy lejos. El huevo acababa siempre estrellándose contra uno de los dos. Una vez cometí el error de interponerme entre ellos para intentar interceptar el huevo. Fue una lástima que lo hiciera con la frente.

—Por favor, chicos —repetí—. Id a lanzaros el huevo a otra parte, ¿vale?

Cole retrocedió hacia el centro de la calle. A unos cuantos pasos, el viejo podenco del señor Horace bostezó y rodó sobre sí mismo hasta tumbarse de espaldas. Vi a dos hombres con mono sacando a rastras unos sacos enormes de arpillera llenos de pienso del almacén situado al otro lado de la calle.

—¡Eehh! —gritó Cole, y lanzó el huevo muy alto.

Anthony se protegió los ojos del sol con una mano y fue retrocediendo hasta llegar casi a la tienda de ultramarinos. El huevo se estrelló justo encima de su cabeza. ¡Qué sonido más asqueroso hizo! Fue realmente repugnante.

—¿Eh? —exclamó Anthony, sorprendido. La yema del huevo empezó a caerle por la frente y por los lados.

—Lo siento. ¡Se me ha escapado! —dijo Cole, pero no consiguió mantenerse serio y prorrumpió en carcajadas.

Anthony soltó un gruñido airado y se precipitó sobre mi hermano, que hurtó el cuerpo y se subió corriendo a la acera.

—¡Dejadlo! ¡Dejadlo! —les grité yo.

Rugiendo como un león furioso, Anthony se abalanzó sobre Cole y lo sujetó contra el escaparate de la tienda de ultramarinos.

—¡Lo has hecho a propósito! —gritó.

—¡No es cierto! ¡Ha sido un accidente! —se defendió el otro entre risas.

Anthony bajó la cabeza untada de huevo y golpeó con ella a Cole en el pecho.

—¡Uuuf! —Mi hermano dejó escapar un gemido. Anthony se apartó, preparándose para arremeter de nuevo contra él. Cole se

miró la camiseta manchada de yema de huevo.

—¡Basta! ¡Basta! —chillé, interponiéndome entre ambos. Aferré a Anthony por los hombros e intenté alejarlo de Cole. No vi que Vanessa saliera de la tienda de ultramarinos. Ninguno de los tres la vio.

—¡Vete! —rogué a Anthony. Tiré con violencia de él y los tres caímos sobre Vanessa.

Primero vi el vestido negro, luego el pálido rostro y aquellos ojos negros suyos desorbitados, y su boca abierta por la sorpresa. Vi que agitaba las manos para recuperar el equilibrio y que se le caían dos bolsas de comestibles al suelo. Oí romperse una de las bolsas y el estrépito de latas y botellas.

El sonido de cristales rotos hizo que mirara la calzada. Vi un charco de Ketchup manando de una botella rota. Junto al bordillo había un cartón de huevos chafados.

Yo seguía sujetando a Anthony por los hombros y noté que un estremecimiento le recorría todo el cuerpo. Anthony se desasió con una fuerte sacudida.

—¡Lo siento! —se disculpó ante Vanessa—. ¡Lo siento mucho! —Luego esquivó algunos de los comestibles caídos, saltando por encima de ellos, y echó a correr por la calle—. ¡Ahhh! —exclamó al tropezar con el podenco. Cayó de bruces al suelo sobre el perro, que no hizo ningún ruido y apenas se movió. Anthony se puso en pie con dificultad, luego salió corriendo pies para qué os quiero hacia la parte posterior del almacén y desapareció sin volver la vista atrás.

—Oh, vaya —musité, mirando los comestibles esparcidos por la calle—. Oh, vaya.

Cole estaba a mi lado, respirando ruidosamente y meneando la cabeza. El perro se acercó lentamente cojeando. Agachó la cabeza y empezó a lamer los huevos rotos.

Yo me volví hacia Vanessa y estuve a punto de soltar un grito al ver la expresión colérica de su rostro frío y blanco. Cuando clavó los ojos en mí, sentí como si me hubieran apuñalado… con un carámbano. Un escalofrío de miedo me hizo retroceder un paso. Agarré a Cole por el brazo e intenté llevármelo de allí, pero Vanessa avanzó hacia nosotros con el largo vestido negro barriendo la acera. Señaló a Cole con un fino dedo terminado en una uña pintada de

negro y después me señaló a mí.

—Gallina, gallina —susurró.



Los labios negros de Vanessa se curvaron en una sonrisa mientras nos decía estas palabras con voz áspera.

—Gallina, gallina.

Dejé escapar un gemido ahogado, como si me hubieran dado una bofetada. La calle osciló ante mis ojos. Luego empezó a girar. ¿A qué se refería? ¿Por qué nos decía eso?

Ni Cole ni yo nos entretuvimos a preguntárselo. Nuestros pies golpearon con fuerza el asfalto cuando echamos a correr como alma que lleva el diablo.

Vi de reojo que el viejo podenco seguía lamiendo los huevos, y también el rostro crispado de Vanessa. Mi hermano y yo doblamos la esquina, pasamos ante la oficina de Correos y la lavandería a toda velocidad y no paramos hasta llegar a casa. No me volví a mirar, y no dije absolutamente nada hasta que nos hallamos a salvo en la cocina de casa.

Una vez allí me dejé caer en un taburete. Cole abrió el grifo del agua fría del fregadero y se mojó la cara y el pelo. Resollábamos los dos, sin aliento para hablar. Me sequé el sudor de la frente con el brazo, y saqué del frigorífico una botella de agua pequeña; la destapé, me la llevé a la boca y me la bebí entera.

—Deberíamos habernos quedado —conseguí farfullar.

—¿Qué? —Cole se volvió hacia mí. Tenía el rostro encendido y chorreaba agua. También la parte delantera de su camiseta estaba empapada.

—Deberíamos habernos quedado para ayudar a Vanessa a

recoger la compra —le dije.

—¡Ni hablar! —protestó él—. ¡Está loca! ¿Has visto su expresión?

—Bueno… le hemos tirado toda la comida al suelo —dije.

—¿Y? Ha sido un accidente —insistió mi hermano—. Le puede pasar a cualquiera, ¿no? Pero ella… ¡ella quería destruirnos!

Me pasé la botella fría sobre la frente; me latían las sienes.

—¿Por qué nos ha dicho eso? —pregunté, expresando mis pensamientos en voz alta—. ¿Por qué susurraba de esa manera?

El rostro de Cole cambió de expresión. Extendió una mano y me señaló con un dedo.

—¡Gallina, gallina! —dijo con voz áspera, sacudiendo el dedo en una excelente imitación de Vanessa.

—¡Basta! —le espeté—. Lo digo en serio. Basta ya, Cole. Me pones la piel de gallina.

—Gallina, gallina —volvió a susurrar él.

—Venga ya. Déjame tranquila —rogué, aplastando la botella de plástico—. Es muy extraño —musité—. ¿Por qué ha dicho esa palabra? ¿Por qué?

—¿Porque está loca? —sugirió Cole, encogiéndose de hombros.

—No está loca —aseguré yo, meneando la cabeza con expresión preocupada—. Es mala. —Me rodeé el cuerpo con los brazos—. Tengo la sensación de que va a ocurrir algo horrible.

—Crystal —dijo Cole, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué quieres que ocurra?



—¿Le has comprado el regalo a Lucy-Ann? —me preguntó mamá durante la cena.

—Bueno —contesté yo, después de engullir los espaguetis que tenía en el tenedor—. La verdad es que… no.

—Pero si creía que habías ido al pueblo a comprarle un CD —dijo ella, mirándome con sorpresa.

—Pásame el parmesano —pidió papá, interrumpiéndonos. Eran sus primeras palabras aquella noche. Era de suponer que había tenido un mal día en el trabajo.

—No lo entiendo —insistió mamá—. ¿Qué has hecho después de clase, Crystal?

—Nada, mamá. —Suspiré—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Te has llenado la barbilla de salsa —comentó Cole.

—Muchas gracias —mascullé, haciéndole una mueca—. Creo que llevo demasiado tiempo sentándome delante de ti a la mesa. Se me están pegando tus modales.

Cole me sacó la lengua, enseñándome una albóndiga a medio comer. Qué maduro.

—Me olvidé de preguntarte por el entrenamiento de baloncesto de ayer —terció papá—. ¿Qué tal…?

—¡Mal tema! —le interrumpí yo.

Mamá dejó el tenedor sobre la mesa y sopló para apartarse un mechón de cabello de la frente.

—Parece que esta noche todos los temas son malos, ¿no?

—Quizá —dije yo con un bufido, clavando los ojos en el plato.

Meneé la cabeza—. Lo hice fatal en el entrenamiento. La entrenadora Clay me dio una oportunidad y yo jugué como una auténtica patosa.

—Nadie es perfecto —dijo Cole.

—Cállate, Cole —lo riñó mamá.

—¿No queréis que os cuente cómo me he torcido el pulgar? —se quejó Cole.

—No —replicó mamá—. Estate calladito. —Se volvió hacia mí —. ¿No jugaste bien?

—Tropecé al regatear. Dos veces —balbucí—. Y fallé una dejada facilísima. La pelota no llegó siquiera a tocar el aro.

—Bueno… La próxima vez… —dijo mi padre.

—¡Pero ésta era mi gran oportunidad para demostrar que puedo formar parte de la alineación! —exclamé—. Y la he estropeado. Es que estaba muy cansada. No había dormido bien, y… y…

—Sigues siendo la sexta jugadora —dijo mamá con ánimo de tranquilizarme—. Ya tendrás tu oportunidad.

—¿Tenéis entrenamiento mañana? —preguntó papá, sirviéndose más ensalada.

—No —respondí yo, negando con la cabeza—. Mañana por la tarde tengo ensayo con el coro. Cole también. Actuamos el mes que viene en la ceremonia de graduación.

—Voy a cantar dos solos —se jactó Cole—. Soy el único alumno de quinto que está en el coro, y el único que entona a la perfección.

—Nadie es perfecto —le recordé yo. Lo sé, era un chiste muy malo. Nadie se rió. Mamá miró la mano de mi hermano.

—¿Cómo te has torcido el pulgar? —preguntó.

—No me lo he torcido —dijo Cole—. Sólo intentaba meterme en la conversación.

La señora Mellon, la profesora de música, era una mujer menuda con aspecto de pájaro. Siempre vestía jerséis grises y faldas o pantalones del mismo color. Con el cabello cano como las plumas y la nariz picuda, me recordaba un gorrión, o un jilguero con sus gorjeos. A nosotros nos llamaba sus canarios.

La Escuela Secundaria del Condado de Greene no era lo bastante

grande para tener aula de música, de modo que el coro se reunía en un rincón del escenario del auditorio después de clase.

Componían el coro cuatro chicos y cuatro chicas. Aunque la mayoría eran de sexto curso, también había algunos más pequeños, como Cole. Era difícil formar un coro en una escuela tan pequeña.

La señora Mellon se retrasaba, de modo que los chicos se arrojaban clips de un lado al otro del escenario usando gomas como tirachinas, y las chicas comentaban entre sí lo estúpidos que eran.

Cuando por fin llegó la profesora, retocándose el peinado con manos tensas, fue directa al grano.

—Faltan dos semanas para la actuación —les anunció preocupada—, y lo cierto es que no sabemos qué vamos a hacer, ¿verdad?

Todos estuvimos de acuerdo en que necesitábamos ensayar mucho más. Lucy-Ann, que es nuestra única soprano, alzó la mano.

—Quizá podríamos cantar en *play-back* —sugirió—. Ya sabe, con discos.

Todos se echaron a reír. Yo miré a Lucy-Ann. No estaba segura de que bromeara.

—Nada de tonterías esta tarde —dijo la señora Mellon severa—. Veamos lo que podemos hacer cuando nos lo proponemos.

Cantamos las escalas para preparar la voz, pero nos interrumpimos cuando una araña negra enorme cayó sobre los rizos rubios de Lucy-Ann desde las vigas del techo. Lucy-Ann soltó un chillido y echó atrás la cabeza sacudiéndola violentamente y tirándose de los rizos con ambas manos. Finalmente la araña cayó al suelo del escenario y Cole la pisoteó.

—¿No trae eso mala suerte o algo así? —preguntó un chico llamado Larry a mi hermano.

Cole se encogió de hombros y se limpió la suela del zapato frotándola contra el suelo.

—Empecemos con *Beautiful Ohio* —sugirió la señora Mellon, buscando las partituras en su atril, sin prestar la menor atención a lo ocurrido con la araña—. Es la que nos dio tantos problemas la última vez.

—Es la parte aguda la que da problemas —afirmó Lucy-Ann.

—¡Tu voz es el problema! —comentó Larry en tono de guasa.

Creo que está loco por ella, porque se pasa la vida insultándola. La profesora carraspeó.

—Por favor, chicos. Seriedad. Seriedad. —Se volvió hacia Cole —. ¿Has ensayado tú solo?

—Pues claro —mintió mi hermano.

—Entonces, intentémoslo —dijo la señora Mellon—. Recuérdalo, Cole, esperas tres tiempos para entrar.

—Está chupado —dijo Cole, que en el ensayo anterior no lo había hecho bien ni una sola vez.

La señora Mellon alzó los brazos, sonrió, e hizo la señal de que empezáramos a cantar. *Beautiful Ohio* es una canción sensiblera, pero a mí me gusta cantar la parte más aguda.

—Muy bien, muy bien —decía la señora Mellon para animarnos mientras cantábamos, con una sonrisa tensa en los labios. La verdad es que sonaba muy bien. Hasta que Cole empezó su solo. Lo vi tomar aire y dar un paso adelante. Luego aguardó los tres tiempos y abrió la boca para cantar.

—¡Coc-coc-coc-coco-co!

—¿Eh? —exclamó la señora Mellon, sorprendida.

Todos los demás dejamos de cantar y yo miré a mi hermano con fijeza. Cole parecía desconcertado e intentaba aclararse la garganta una y otra vez.

—Canta la letra, Cole —le ordenó la profesora con severidad—. Te sabes la letra, ¿no?

Cole asintió.

—Volvamos a empezar con el coro justo antes del solo de Cole —nos indicó ella.

Volvimos a empezar. Yo no apartaba los ojos de mi hermano mientras cantaba. Lo vi contar los tres tiempos y luego:

—¡Coc-coc-coc-coco-co!

¿Qué intentaba demostrar? Larry se rió, pero fue el único. Cole no paraba de frotarse la garganta y de carraspear con el rostro rojo como la grana.

—¿Estás bien? —le pregunté, formando las palabras con los labios, sin pronunciarlas. No me respondió.

—¡Cole, por favor! —le rogó la señora Mellon—. Deja de hacer el tonto. De verdad que no tenemos tiempo. —Miró a mi hermano

con el entrecejo fruncido—. Tienes una bonita voz. Sé que puedes cantar esto. ¿Quieres hacer el favor de cantar tu parte? —Alzó las manos—. A la de tres —le dijo—. Un… dos… tres… —Empezó a dirigir con una mano—. Que se oiga lo que puedes hacer —le animó.

—¡Coc-coc-coc-coco-co! —cacareó mi hermano con una estúpida voz aguda. Salí de la fila de las chicas y me precipité sobre él.

—Cole, ¿a qué viene esa payasada? —exclamé furiosa—. ¿Por qué haces eso?

—¡Coc-coc-coc-coco-co! —me respondió.

10

Más tarde, me hallaba en mi dormitorio envolviendo el regalo de cumpleaños para Lucy-Ann. Miré hacia la puerta y vi a Cole en el umbral en actitud tensa. Llevaba los mechones de pelo rubio tiesos, de punta, y se secaba las manos sudorosas en la parte delantera de la camiseta.

—¿Qué quieres? —le pregunté con aspereza—. Estoy ocupada. —Doblé una esquina del papel de regalo y la sujeté con cinta adhesiva sobre el CD. Cole se aclaró la garganta, pero no contestó. Yo lo miré meneando la cabeza—. Has echado a perder el ensayo — le dije.

—¡No ha sido culpa mía! —exclamó con voz aguda.

—¡Ja! —Dejé las tijeras sobre la mesa con un fuerte golpe—. ¡Te has negado a cantar y te has puesto a cacarear como una gallina! ¿De quién ha sido la culpa entonces?

—No entiendes… —dijo ronco, frotándose suavemente la garganta.

—No, no lo entiendo —convine, sin dejarle hablar—. ¿Sabes?, todos estamos hartos de tus estúpidas bromas. Sobre todo yo. Te crees muy gracioso, Cole, pero la verdad es que eres un pesado.

—¡Pero no era una broma! —protestó él, entrando en la habitación. Se acercó a mi mesa y toqueteó el rollo de celo con nerviosismo—. Yo no quería cacarear de esa manera. No… no he podido evitarlo.

—Ya, claro —musité, poniendo los ojos en blanco.

—No, en serio, Crystal. Creo… ¡creo que Vanessa me ha hecho

cacarear!

—No soy idiota, ¿sabes? —dije yo, soltando una carcajada—. Puede que me trague la misma bromita una o dos veces, pero no voy a volver a caer otra vez.

—Pero, Crystal…

—No ha tenido la menor gracia —repetí—, y no es justo que arrumaras el ensayo a todo el mundo.

—¡No lo entiendes! —siguió protestando Cole—. No era una broma. He cacareado sin poderlo remediar. Yo…

—¡Fuera! —grité, agitando ambas manos para indicar que saliera—. ¡Fuera de mi habitación ahora mismo!

Cole enrojeció y quiso decir algo, pero cambió de idea con un suspiro de derrota. Dio media vuelta y salió de mi habitación con aire abatido.

—Harías cualquier cosa por una broma, ¿eh, Cole? —mascullé entre dientes.

Por lo general no soy tan ruda con mi hermano, pero necesitaba que le dieran una lección. Terminé de envolver el regalo y luego hice mis deberes hasta la hora de acostarme. Apagué la luz. Me metía entre las sábanas cuando oí un cacareo de gallina.

«Qué extraño», pensé. Nunca se oyen las gallinas de noche, porque están encerradas en el gallinero.

Coc-coc-coc-coco-co.

Me incorporé en la cama y miré la ventana abierta que quedaba al otro lado de la habitación a oscuras. Una suave brisa hacía ondear las cortinas. La tenue luz de la luna dibujaba un triángulo en la alfombra. ¿Se había abierto la puerta del gallinero?, me pregunté. ¿Habrían conseguido escaparse las gallinas?

Coc-coc-coc-coco-co.

El cacareo parecía proceder de algún lugar muy cercano a la casa, bajo la ventana de mi habitación. Sin dejar de mirar las cortinas ondeantes, bajé de la cama y me acerqué a la ventana. La luz de la luna cayó sobre mí, fría y plateada.

Coc-coc-coc-coco-co.

Me incliné sobre el alféizar para mirar hacia abajo, y dejé escapar un gemido de sorpresa.



No había nada allí, ninguna gallina. Contemplé la tierra bañada por la luna y luego desvié la mirada hacia el gallinero que había junto al garaje y que parecía una especie de perrera de madera, larga y baja. La puerta estaba cerrada y no se veía movimiento alguno tras sus diminutas ventanas redondas.

Coc-coc-coc-coco-co.

Metí la cabeza en la habitación, sumida en la perplejidad. ¿De dónde venía aquel cacareo? ¿Del interior de la casa?

Coc-coc-coc-coco-co.

Sí, lo oía al otro lado del tabique de separación entre mi cuarto y el de mi hermano. «¿Por qué lo hace? —me pregunté, volviendo a meterme en la cama—. ¿Por qué se pone a cacarear en plena noche? ¿Qué intenta demostrar con eso?»

Sabía que la fiesta de cumpleaños de Lucy-Ann sería divertida. Sus fiestas siempre lo son. Lucy-Ann procede de una familia numerosa de granjeros; tiene siete hermanos y hermanas. Su enorme casa siempre está llena de intensos olores: el de unos pollos asándose, o el de los pasteles en el horno. Sus padres son los granjeros más prósperos de Goshen Falls y también son personas muy agradables.

Lucy-Ann invitó a toda la clase a su fiesta, además de a unas dos docenas de parientes. Era una hermosa tarde primaveral y había ya mucha gente en el jardín, frente a la casa alta y blanca, cuando yo llegué. Lucy-Ann tiene muchos primos pequeños; vi a unos cuantos de ellos junto al cobertizo de herramientas cuando subía

apresuradamente por el sendero de grava. El padre de Lucy-Ann los paseaba en el tractor, y los pequeños daban brincos de excitación y se empujaban unos a otros mientras esperaban su turno.

Me reuní con mi amiga al final del sendero y le tendí el CD envuelto en papel de regalo. Ella miró el paquete cuadrado y sonrió.

—Vaya, vaya. ¡No adivinaría nunca lo que es! —bromeó.

—Vale, vale. Ya sé que no soy original —dije, encogiéndome de hombros.

—Pues es justamente el regalo que me hacía falta —dijo, y echamos a andar sobre la hierba en dirección a los otros—. Mis padres me han comprado el aparato, pero no me han regalado ningún CD.

—Bueno, ahora ya tienes uno —comenté yo entre risas—. ;A1 menos no lo tendrás repetido!

—¿Irás al ensayo del coro mañana por la mañana? —me preguntó ella, poniéndose seria.

—Claro —contesté yo, asintiendo—. Necesitamos ensayar mucho.

—Yo llegaré un poco tarde —me dijo Lucy-Ann—. No solemos volver de la iglesia hasta las once y media pasadas. —Frunció el entrecejo—. ¿Has hablado con tu hermano? ¿Por qué se comportó de esa manera tan estúpida ayer? ¿A qué venían esos cacareos espantosos? ¿Lo encontraba divertido o algo así?

—Supongo que sí —contesté, volviendo a encogerme de hombros. Luego suspiré y añadí—: A mi hermano no hay quien lo entienda. Algunas veces tengo la impresión de que es un marciano.

—Dímelo a mí —musitó Lucy-Ann, tras soltar una carcajada—. ¡Yo tengo cuatro hermanos!

Saludé con la mano a un par de chicas de mi clase que estaban apoyadas en el grueso tronco de un viejo arce, y me acerqué a charlar con ellas. Muchos de mis compañeros me caen muy bien, aunque a algunos de ellos no los veo nunca fuera de clase. Goshen Falls es un pueblo muy pequeño pero tiene la única escuela secundaria en muchos kilómetros a la redonda, de modo que cada día vienen muchos niños en autocar desde todos los rincones del condado. Eso significa que algunos de mis amigos viven a más de cincuenta kilómetros de distancia; cuando quiero llamarlos por

teléfono de noche, ¡es casi una conferencia!

La fiesta era estupenda. Pasamos todo el tiempo fuera. Lucy-Ann subió el volumen de la música y pudimos bailar al aire libre. Es decir, las chicas bailamos y también un par de chicos; los demás se quedaron mirándonos y haciendo comentarios burlones sobre los que bailábamos. Me divertí mucho… hasta que llegó el momento del pastel. Entonces la diversión se convirtió en espanto.

12

Cuando el sol empezaba a esconderse tras la casa, la madre de Lucy-Ann salió con el pastel de cumpleaños. En realidad eran dos pasteles: uno de vainilla de la panadería y otro de chocolate que había cocinado ella misma.

—Con tantos niños en la familia —me explicó Lucy-Ann—, no hay manera de decidir cuál es el pastel que preferimos todos, ¡así que en cada cumpleaños mamá tiene que hacer otro!

Todos nos hicimos con un plato y nos reunimos en torno a la larga mesa cubierta por un mantel blanco para cantar *Cumpleaños feliz* a mi amiga. ¡Además de los dos pasteles había una tarta de arándanos del tamaño de una pizza! Se tardó un buen rato en encender las velas de los dos pasteles. El viento no dejaba de soplar y apagaba algunas. Por fin los padres de Lucy-Ann consiguieron que quedaran todas encendidas y pudimos cantarle *Cumpleaños feliz*. Ella estaba realmente guapa, de pie, detrás de los pasteles, con el rostro y la melena rubia iluminados por la luz de las velas. Parecía mirarme fijamente mientras cantábamos y, de repente, me di cuenta de que algo andaba mal.

¡Los fuertes chasquidos que oía… los hacía yo! Mis labios producían un estrepitoso chasquido al cantar. Tan pronto como terminó la canción, me froté los labios con el dedo y los noté muy secos y agrietados.

—Crystal, ¿de qué pastel quieres? —me preguntó Lucy-Ann. Alcé la vista para verla a ella y a su madre que cortaban los pasteles. Ofrecí mi plato para que me sirvieran.

—¿Un poco de cada? —Tampoco yo acababa de decidirme. Con el plato y el tenedor en una mano, me alejé para reunirme con otros amigos.

—Parece bueno —dije, o sea, intenté decirlo, pero en lugar de eso lo que me salió fue—: Tcccck-tcccck. —Era una especie de sonido metálico. Me pasé la lengua por los labios. Los tenía muy secos—. Tcccck-tcccck. —Intenté masticar un trozo de pastel, pero con cada movimiento se oía aquel sonido. Volví a pasarme la lengua por los labios. Me esforcé por masticar. Me atragantaba, no lograba masticar el pastel.

—Ckkkkkk-tcccck.

Unos cuantos chicos me miraban.

—Crystal, ¿estás bien? —preguntó alguien.

Intenté dar una respuesta, pero sólo se oyó aquel sonido. Corrí hacia Lucy-Ann, que seguía junto a la mesa.

—¿Tienes cacao para los labios? —le pregunté con estridencia. Los labios me chasqueaban mientras hablaba. Ella se esforzó por comprenderme—. ¿Cacao? —repetí—. ¿Cacococao? —Lucy-Ann asintió, entrecerrando los ojos para observarme.

—En el botiquín. En el cuarto de baño de la planta baja, a la izquierda —dijo, señalando hacia allí.

Dejé el plato y me fui corriendo. Abrí la puerta de tela metálica y entré en la casa. En el interior flotaba el dulce aroma de los pasteles y la tarta. Me metí en el pasillo de la izquierda. Conocía la casa. Pasaba muchas horas allí con mi amiga. La puerta del cuarto de baño estaba abierta. Entré, encendí la luz y cerré la puerta. Luego me precipité hacia el armario del botiquín y me miré en el espejo. Mis ojos tardaron unos instantes en adaptarse a la luz, pero cuando por fin conseguí verme los labios, solté un agudo chillido de horror.

13

Tenía los labios muy rojos y prominentes. Me pasé un dedo por ellos y los noté duros y agrietados. Les di unos golpecitos y sonó un leve clic. ¡Mis labios ya no tenían el tacto de la piel! ¡Estaban tan duros como uñas!

—¡Tcccck-tccccck! —Abrí y cerré la boca haciendo que sonaran los chasquidos, mirando fijamente la desagradable imagen del espejo. ¿Me había salido una especie de costra en los labios? ¿Estaban debajo de ella mis auténticos labios? Alcé ambas manos e intenté por todos los medios arrancar la costra, pero no, no había tal. Los labios duros formaban parte de mi cara.

—¡Aagg! —exclamé, cerrando los labios con un chasquido—. ¿Qué me está ocurriendo? Es… ¡es como el pico de un pájaro! ¡No puedo dejar que me vean así! —grité.

Golpeé el espejo con ambos puños. «¡No es posible!», me dije, completamente dominada por el pánico. Intenté arrancarme aquellos labios una vez más.

—Crystal, cálmate. ¡Cálmate! —me ordené a mí misma. Respiré profundamente y me esforcé por darle la espalda al espejo. «Es una reacción alérgica —decidí—. Eso es todo. He comido algo a lo que soy alérgica. Desaparecerá dentro de unas cuantas horas. Y si no es así, el doctor Macy sabrá cómo hacer que mis labios recuperen el tamaño y la suavidad normales.»

Volví a respirar hondo. Me temblaba todo el cuerpo, tanto que los labios reanudaron los chasquidos. Cerré los ojos. De nuevo me miré en el espejo y los abrí. Esperaba que hubieran recuperado la

normalidad, pero no.

—Un pico de pájaro —murmuré en un susurro tembloroso—. Parece un pico de pájaro. Clic-clic. —Me pasé la lengua por los labios. Ay, raspaban.

«¡No puedo dejar que me vean así! —decidí—. Me escabulliré por la puerta principal e iré corriendo hasta casa. Más tarde se lo explicaré a Lucy-Ann.»

Apagué la luz y entreabrí la puerta del cuarto de baño. Vi que no había nadie en la casa. Todos seguían en la parte posterior, disfrutando de los pasteles y la tarta.

«¿Volveré a disfrutar de un pastel algún día? —me pregunté—. ¿O tendré que desenterrar gusanos y chuparlos con mis labios de pájaro?» Una perspectiva repugnante. Pasé de puntillas por la sala de estar, abrí la puerta principal y huí.

Mientras corría hacia la carretera oía las alegres voces que llegaban desde la parte posterior de la casa. Oí las risas y los gritos de los chicos, pese al estrépito de la música de baile. Enfilé la carretera y corrí a toda velocidad hacia mi casa, esperando no ser vista. El sol se había puesto tras los árboles y las sombras de la noche se alargaban en la carretera hacia mí. Me chasqueaban los labios mientras corría. El corazón me latía con fuerza. Corrí hasta casa sin disminuir la velocidad. Por suerte no me encontré con ningún conocido en la calle.

El coche de mis padres no estaba. Subí corriendo por el sendero y entré en la casa por la puerta de la cocina. Cole se dio la vuelta temblando; estaba junto al fregadero.

—¡Crystal! —exclamó, y comprendí de inmediato que ocurría algo malo. Volví la cara. No quería que viera mi horrible boca de pájaro, pero él se abalanzó sobre mí, me agarró del brazo y me obligó a volverme—. Mamá y papá no están —musitó—. Tengo… tengo que enseñarte algo.

—Cole… ¿qué es? —pregunté, y mis labios chasquearon varias veces—. ¿Por qué… clic-clic… llevas esa toalla alrededor del cuello?

—Necesito… ayuda —contestó él, bajando la vista. Se quitó despacio la toalla azul de baño—. Mira —insistió. Solté un gemido de espanto.

¡Plumas! Mi hermano tenía el cuello y los hombros cubiertos de plumas.

14

—¡Cole! ¿Cuándo te ha ocurrido esto? —chillé.

—Cocoocoo-cococo —dijo él, cacareando y con los ojos desorbitados por el terror.

—¡Basta! —exclamé, encolerizada—. ¡Ahora no es momento para esos estúpidos cacareos!

Entonces me di cuenta de que Cole había vuelto a engañarme, de que en realidad no le habían salido plumas, sino que se las había pegado o algo parecido.

—Cooocococo. ¡No… puedo… dejar de cacarear! —consiguió decir, frotándose la garganta.

—Ya, claro —repliqué yo, incrédula. Acerqué una mano y le arranqué una pluma de la nuca; esperaba que se desprendiera con facilidad, pero mi hermano levantó las manos y soltó un chillido.

—¡Ay!

La base de la pluma le dejó un pequeño agujero en la piel. Agarré otra grande de su hombro y tiré.

—¡Oye, ten cuidado! —protestó Cole—. Co-ocococo-cooco. ¡Eso duele!

—¡Oh, no! ¡Son de verdad! ¡Te… te están creciendo… clic-clic… plumas!

—Oh… oh… oh… —Cole se puso a gimotear sacudiendo los hombros emplumados.

—Tranquilízate —le dije, conduciéndolo con suavidad hasta su habitación—. Yo te las sacaré. Tendré mucho cuidado. No pasará nada.

Hice que se sentara en el borde de la cama. Me incliné sobre él y empecé a tirar de las plumas procurando hacerlo con mucha suavidad, pero Cole daba un respingo cada vez que le arrancaba una.

—Tendremos que decírselo a mamá y a papá —dijo en voz baja, con los ojos fijos en el suelo—. Ay.

—Ya casi está. —Le arranqué una pluma larga de la nuca y dio un brinco—. Ya verás. Tendrás un aspecto completamente normal.

—Pero aun así, tenemos que decírselo —insistió.

—¿Crees que nos creerán? —pregunté. Mis labios daban chasquidos con cada palabra que pronunciaba.

—Oye —dijo Cole, mirándome—. ¿Qué pasa con tus labios?

—Oh… yo… ah… —Me tapé la boca con una mano—. Los tengo agrietados —mentí—. Muy agrietados.

No sé por qué, pero no quería que Cole supiera que también a mí me estaban ocurriendo cosas extrañas.

—¡Tienes un aspecto repugnante! —exclamó—. ¡Uf!

Aquello pareció darle ánimo. Le arranqué las dos últimas plumas de un fuerte tirón.

—¡Eh! —se quejó él, enfadado, frotándose la nuca. Retrocedió unos pasos. El suelo y la cama estaban cubiertos de plumas.

—Será mejor que las recojas —le dije en medio de varios chasquidos. Cole cacareó a modo de respuesta. Yo seguía tapándome la boca con la mano. No necesitaba más comentarios sobre el repugnante aspecto de mis labios. Corrí hacia el cuarto de baño en busca de una crema hidratante.

Mis padres volvieron muy tarde a casa. Cole y yo intentamos quedarnos despiertos porque queríamos hablar con ellos, pero al final nos rendimos y nos fuimos a la cama.

El domingo por la mañana me desperté tarde. El sol estaba ya alto en el cielo y una luz dorada entraba a raudales por la ventana. Una suave brisa me erizó las plumas.

¿Eh? ¿Plumas?

—Ohhhh. —Me incorporé en la cama con un gemido. El cuello y los brazos me picaban horrores. Parpadeé para despejarme y miré

las plumas blancas que me cubrían los brazos. Abrí la boca para gritar, pero todo lo que salió de mi garganta fue un ahogado cacareo, como el de una gallina. Salté de la cama y corrí a mirarme en el espejo del tocador. Me bajé el camisón y solté un gemido ahogado. Tenía los hombros y los brazos cubiertos de suaves plumas blancas y marrones. Me pasé la mano por los labios. Se habían endurecido aún más. Los tenía duros como huesos. Vi algo que se movía en el espejo, giré en redondo y encontré a Cole en el umbral de la puerta.

—Crystal —cacareó, y entró tambaleándose en la habitación. Tenía plumas en los hombros y bajo el mentón; le habían vuelto a crecer.

—¡Mírame a mí! —dije, dando chasquidos.

—Cocoocococo-cococooco —replicó Cole.

Volví a mirarme en el espejo y empecé a arrancarme las plumas, frenética. Me dolía, pero no importaba. ¡Quería quitármelas! No tardé mucho. Luego las recogí y las arrojé a la papelera. Después ayudé a Cole a quitarse las suyas. Los labios también se le habían endurecido durante la noche y le habían crecido las uñas. De repente sus manos semejaban garras.

—Vanessa —musitó. Yo lo miré. Supe al instante lo que quería decirme, porque era lo mismo que había estado pensando. Recordé el horrible instante en que tiramos al suelo los comestibles de Vanessa.

—Sí —dije—. No quería admitirlo. No quería creerlo, pero ha sido Vanessa la que nos ha hecho esto. Vanessa nos… coococo-cocoococo… está convirtiendo en gallinas.

—Gallina, gallina —dijo él.

Oí ruidos en la cocina. ¡Mamá y papá!

—¡Tenemos que… coococo… decírselo! —exclamé—. ¡Tenemos que contárselo todo!

Cole y yo nos abalanzamos hacia la puerta de la habitación al mismo tiempo y salimos a la vez, retorciéndonos para pasar. Luego corrimos uno junto al otro por el pasillo. La voz de mamá se oía en la cocina. Empezamos a llamarla mientras bajábamos corriendo las escaleras.

—¡Mamá… necesitamos… coococo… ayuda! —grité—. Es

Vanessa. ¡Es verdad que tiene… coococo… poderes!

—¡Nos está convirtiendo en gallinas! —gritó Cole cuando llegamos abajo y seguimos corriendo hacia la cocina—. ¡Nos están saliendo plumas!

—¡Es cierto! —grité—. Tienes que ayudarnos. ¡Cole y yo… coococo… nos estamos convirtiendo en gallinas!

—Eso está bien —contestó mamá tranquilamente—. Necesito dos pollos más para la barbacoa de esta tarde.

15

—¿Eh?

—¿Barbacoa?

Cole y yo nos quedamos boquiabiertos. ¿Era una broma?

Tan pronto como entramos en la cocina, comprendí que mamá no hablaba con nosotros; hablaba por teléfono, de espaldas a la puerta, y tamborileaba con las uñas sobre el armario de fórmica que había junto al teléfono.

Recorrí la cocina con los ojos y la vi llena de cacerolas y cuencos. Vi lechuga y tomates cortados, una bolsa de patatas, botellas de salsa de barbacoa y un montón de trozos de pollo en una bandeja junto al fregadero. ¡Qué jaleo!

—¡Mamá… tenemos… tenemos que… coooco-co-cocooococo… hablar contigo! —rogué, escupiendo las palabras.

Ella se volvió sin dejar de hablar y nos saludó con la mano. Añadió unas cuantas frases y colgó.

—Os habéis levantado muy tarde —comentó, mirando el reloj de la pared, ceñuda—. Son casi las doce y nuestros invitados estarán aquí dentro de una o dos horas.

—Mamá… —empecé.

Ella se secó la frente con el dorso de la mano y se acercó al fregadero.

—¿Os habéis olvidado de que hoy tenemos una gran barbacoa? Vendrán al menos veinte invitados y… y… —Señaló el montón de trozos de pollo. Al verlos el estómago me dio un vuelco.

—Coococo-cocooococo —musitó Cole. Me acerqué al fregadero.

—Tenemos que hablar contigo —insistí, aferrando a mamá por el brazo—. Cole y yo tenemos un problema, un problema muy gordo.

—¿Sobre el ensayo del coro al que no habéis ido esta mañana? —me interrumpió mamá. Con un pincel, empezó a untar de salsa los trozos de pollo. Luego los metía en un cuenco de porcelana.

—No, mamá. Yo…

—Era la señora Mellon la que ha llamado por teléfono —continuó mamá—. Quería saber dónde estabais. Llamaba para asegurarse de que no os había pasado nada.

—Pero es que sí nos pasa —aseguré yo, solemne.

—Es una mujer muy agradable. Se traerá dos pollos asados para la gente a la que no le gustan calientes y especiados como los cocino yo. —Se volvió hacia mí—. Crystal, tú puedes ayudarme a cortar los pimientos.

—¡Mamá, por favor! —exclamó Cole—. ¡Deja de hablar de pollos!

—Tenemos que decirte una cosa —añadí yo.

—Vuestro padre está fuera preparando las parrillas para la barbacoa —explicó mamá, untando de salsa roja un ala de pollo—. ¡Oh! ¡Hielo! ¡Tenemos que acordarnos de comprar hielo!

—Mamá… Cole y yo nos estamos conviniendo en gallinas —le dije. Ella se echó a reír.

—Hielo y platos de papel —musitó—. No quiero usar nuestros platos. Luego hay un montón para fregar.

—No. ¡Es verdad! —Volví a agarrarle el brazo y el pincel se le cayó en el cuenco. Suspiró.

—Crystal, ahora no tengo tiempo. —Se apartó un mechón de la frente con un bufido y recogió el pincel—. Tú y Cole deberíais prepararos el desayuno, o la comida. Luego salid a ver si podéis ayudar a papá.

—¡Coococo-cocooococo! —exclamó Cole.

—Escúchame, mamá —rogué—. ¿Has oído cómo cacarea Cole?

—Sí. Imita muy bien las gallinas —murmuró ella echando una pata de pollo al cuenco.

—¿Me has visto los labios? —pregunté—. Es Vanessa la que nos está haciendo esto. Tropezamos con ella y le tiramos la compra al

suelo. Así que ella nos está convirtiendo en… cooococo… gallinas.

—Hacedme el favor —dijo mamá en tono de queja—. ¿Es que no veis el jaleo que tengo aquí? No tengo tiempo para… —Se interrumpió al verme los labios—. ¡Uf! Los tienes realmente agrietados.

—¡No están agrietados! —grité—. ¡Me está creciendo un pico de gallina!

—Coocococo-cooococo —añadió Cole.

—Ve a ponerte crema en esos labios, Crystal —dijo mamá, alzando las manos al cielo—, y no me molestes más, ¿de acuerdo? Hoy no tengo tiempo para bromas. Si no pensáis ayudarme, al menos no me causéis más problemas.

Me volví hacia Cole, que meneó la cabeza con aire desdichado, y los dos salimos de la cocina sumidos en el abatimiento.

—¿Crees que papá nos escuchará? —preguntó Cole débilmente.

—No lo creo —murmuré yo, dando chasquidos—. Está tan ocupado como mamá.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —Cole se rascaba la nuca. ¿Volvían a crecerle ya las plumas? Se me ocurrió una idea.

—¡Anthony! —exclamé.

—¿Eh? ¿Qué pasa con él? —preguntó Cole.

—¡Anthony estaba con nosotros! —aclaré—. Seguramente a él le está pasando lo mismo y se está convirtiendo en gallina como nosotros.

—Coococo. Cooococo. Claro —dijo Cole, frotándose la barbilla con fuerza—. Seguramente.

—Así que, si los tres les contamos la historia a mamá y a papá, ¡quizá nos crean! —exclamé.

—Vale la pena probar —dijo Cole impaciente—. Vamos corriendo a casa de Anthony.

Los dos nos servimos zumo de naranja y galletas. Luego salimos zumbando por la puerta principal en dirección a casa de Anthony. No habíamos recorrido ni una manzana, cuando tropezamos con Vanessa.

16

Bueno, esta vez no tropezamos con ella. Yo la vi antes que Cole caminando apresuradamente hacia nosotros, pero por la otra acera. Vestía toda de negro, como siempre, a pesar del calor. También llevaba un chal negro sobre los hombros, que ondeaba a su espalda.

—¡Oh, es ella! —susurró Cole, dándome un codazo en las costillas. Ambos nos detuvimos en medio de la acera y la contemplamos boquiabiertos. ¿Nos diría algo? ¿Tendría yo valor suficiente para decírselo? El corazón me latía con fuerza y los labios me chasqueaban de nerviosismo. Cole empezó a cabecear como una gallina y dejó escapar un cacareo de terror. Pobre hermano mío. Verlo de aquel modo me hizo olvidar el miedo.

—¡Vanessa! —grité.

Ella siguió caminando con aquellas zancadas largas y silenciosas que la caracterizaban.

—¡Vanessa! —volví a llamar.

La expresión de Vanessa era solemne y reconcentrada. No creo que ni siquiera nos hubiera visto. Por fin se detuvo y nos miró desde el otro lado de la calle como si no nos reconociera.

—¡Cooocococo-cocooococo! —cacareó mi hermano airadamente.

Eso hizo que los negros labios de Vanessa se curvaran en una sonrisa. Se echó a reír con un brillo intenso en los ojos. Se apartó la melena oscura y larga.

—¡Cooococo a ti también! —gritó—. ¡Gallina, gallina! —Luego se dio la vuelta y siguió caminando por la acera.

—¡Cooococo… espera! —la llamó Cole, cabeceando frenético.

—¡Tienes que ayudarnos! —grité yo, dando chasquidos con los labios.

Vanessa apresuró el paso haciendo ondear su melena al viento y sin volverse.

Encontramos a Anthony jugando con un palo de golf en el jardín. Le había pedido prestado uno de los *putters* a su padre, y había cavado un agujero en la hierba.

Vimos que golpeaba la pelota desde lejos y la metía en el agujero mientras nosotros corríamos hacia él.

Anthony nos saludó con los dos pulgares hacia arriba.

—Impresionante, ¿eh? He estado practicando.

—Impresionante —musité yo, pensando en Vanessa y sintiéndome todavía muy alterada y asustada.

—Coocococo-cooco —dijo Cole.

—¿Qué pasa, chicos? —preguntó Anthony, mirando a Cole con los ojos entrecerrados—. Mis padres van a ir a vuestra barbacoa, pero yo tengo entrenamiento de fútbol.

Anthony sacó la pelota del agujero y la colocó sobre la hierba, a unos cuantos pasos. Luego se inclinó sobre el palo y se preparó para un nuevo golpe.

—Anthony, ¿te ha ocurrido alguna cosa extraña?

—Sí —intervino Cole—, durante los dos últimos días. ¿Te ha ocurrido algo realmente extraño?

Anthony hizo oscilar el palo de golf, que produjo un ruido sordo al golpear la pelota. Ésta salió rodando por la hierba y se detuvo a unos centímetros del agujero. Anthony alzó la vista hacia nosotros.

—Sí —contestó—. Me ha ocurrido algo extraño. ¿Cómo lo sabéis?

—Porque… cooococo… a nosotros nos está pasando lo mismo —le dije.

Él me miró atentamente.

—¿Eh?

Cole y yo asentimos. Anthony hizo una mueca y fingió examinar el palo de golf.

—¿Queréis decir que de pronto también habéis empezado a

jugar al golf realmente bien? —preguntó.

—¿Golf? —Esta vez nos tocaba a nosotros sorprendernos—. ¿Qué tiene que ver el golf con esto? —exclamé.

—Bueno, eso es lo raro —nos contestó Anthony—. Hasta este fin de semana, se me daba fatal. ¡Ni siquiera sabía jugar al minigolf!

—¿Y qué? —preguntó Cole.

—Pues que este fin de semana soy realmente bueno —prosiguió Anthony, dando vueltas al palo—. De repente, juego de fábula. ¿No os parece extraño?

—Pero… pero… pero… —balbucí.

—¿Y no te han salido plumas? —preguntó Cole—. ¿No te ha pasado nada en los labios?

Anthony se quedó perplejo. Luego se volvió hacia mí.

—¿Qué le pasa a tu hermano? ¿Es que se ha vuelto loco del todo o qué?

—¿Cacareas todo el tiempo? —insistió Cole.

Anthony se echó a reír, pero no tardó en ponerse serio.

—No entiendo nada. ¿Es una broma, chicos?

—No sabe de qué estamos hablando —susurré yo a mi hermano, tirando de él hacia el sendero—. Por el motivo que sea, a él no le está pasando.

Cole cabeceó, dejando escapar un hondo cacareo.

—Vámonos —le dije—. Anthony no nos va a ayudar.

—No entiendo la broma —repitió Anthony.

—¡Hasta… cooococo… luego! —le dije y me llevé a Cole de allí —. Tenemos que ayudar a mamá y papá con la barbacoa.

—A lo mejor puedo pasarme después del entrenamiento —gritó Anthony desde el jardín—. ¡Guardadme un poco de pollo!

—Sí, claro —musité yo en tono lastimero.

Los invitados de la barbacoa habían empezado a llegar. Reconocí el Honda rojo de mi tía Norma en el sendero, y vi a la familia Walker, que vive en nuestra misma manzana, rodeando la casa hacia la parte de atrás.

Entré en casa por la puerta principal y corrí hacia mi dormitorio. Quería contarle a mamá lo que nos estaba ocurriendo a Cole y a mí,

pero sabía que con tanto ajetreo no nos escucharía. Cerré la puerta de mi habitación con llave. No quería que me viera nadie hasta que me hubiera examinado.

Desde luego descubrí que las plumas blancas y marrones empezaban a asomarme ya en el cuello y los hombros. Las plumas apenas habían atravesado la piel, por lo que resultaba realmente difícil arrancarlas. Tuve que usar unas pinzas para las más pequeñas.

Plak. Plak. Plak…

Ohhh. ¡Cómo me dolió!

Oí voces en el jardín. Y a través de la ventana de mi habitación vi el humo que se elevaba desde las parrillas de la barbacoa.

¡Uf! Siempre me había encantado el aroma del pollo asado, pero ahora me daba asco. Sentí arcadas y tuve que taparme la boca con la mano… ¡el pico! y esperar a que se me pasaran.

«Me quedaré en mi cuarto —me dije—. No voy a bajar.» Pero entonces oí a mamá llamándome desde la cocina.

—¡Ya voy! —grité. No tenía elección. Tenía que bajar. Crucé los dedos de ambas manos; de repente me los notaba muy huesudos y flacos. Tenía las uñas largas y afiladas. «A lo mejor no se da cuenta nadie de lo que me ocurre», pensé, esperanzada.

Bajé las escaleras despacio y entré en la cocina. Mamá se había hecho un moño y llevaba un largo delantal blanco manchado de salsa de barbacoa. Estaba preparando una ensalada descomunal, pero se interrumpió cuando entré yo.

—Crystal, ¿dónde estabas? Los invitados empiezan a llegar. Necesito que salgas y hagas de anfitriona mientras acabo aquí.

—De acuerdo, mamá. Tranquila —dije, dejando escapar un par de débiles cacareos.

—Mira a ver si hay hielo suficiente —me ordenó—. Y dile a tu padre que a lo mejor necesitará más carbón. Tenemos…

Dejó de hablar de pronto para soltar un pequeño grito cuando miró por la ventana.

—Crystal, ¿qué demonios está haciendo tu hermano ahí fuera?

Me acerqué a ella y miré por la ventana.

—¡Oh, no! —exclamé. No daba crédito a lo que veía.

17

Cole se había metido en el gallinero y estaba en el suelo, apoyado sobre los codos y las rodillas, rodeado de gallinas por todas partes.

—¿Qué está haciendo? —repitió mamá, llevándose una mano a la mejilla.

Yo sabía lo que estaba haciendo, pero también sabía que no era el momento de decírselo a mamá teniendo como teníamos veinte invitados a una barbacoa. Me asomé a la ventana. Cole picoteaba grano del suelo. Agachaba la cabeza, abría la boca y sacaba la lengua. Vi cómo tomaba el pienso y cabeceaba al engullirlo.

—¿Por qué se comporta tu hermano de esa manera tan estúpida delante de los invitados? —preguntó mamá, meneando la cabeza—. ¿Lo encuentra gracioso?

—No lo sé, mamá —contesté. Cole agachó la cabeza y picoteó más grano.

Algunos invitados se reían. Otros lo miraban, perplejos.

—Bueno, sal y haz que pare —ordenó mamá, volviendo a la ensalada—. Sácalo del gallinero y mételo en casa, Crystal. Quiero una explicación.

—De acuerdo, mamá —musité.

Contemplé a Cole unos segundos más. Luego salí por la puerta de la cocina y atravesé el jardín en dirección al gallinero.

—¿Cole? —llamé en voz baja, acercándome a la cerca metálica —. ¿Coococo-cocooco… Cole?

Mi intención era llevarlo a la cocina, de veras, ¡pero aquel grano

tenía un aspecto tan apetitoso! Aparté unas cuantas gallinas de mi camino. Luego me dejé caer de rodillas, agaché la cabeza… y empecé a picotear.

Al día siguiente, en la escuela, creo que no oí una sola palabra de lo que se dijo. No podía dejar de pensar en la barbacoa. Por supuesto todos los invitados creyeron que Cole y yo queríamos gastarles una broma. No la entendieron, pero sabían que no podía ser otra cosa. Mamá y papá se enfadaron de lo lindo. Necesitaban nuestra ayuda, pero estábamos demasiado ocupados comiendo con las gallinas.

Más tarde, mamá se alteró mucho cuando Cole y yo nos negamos a comer pollo.

—¡Siempre ha sido vuestro plato favorito! —exclamó.

«Ya no», pensé con tristeza. ¡La idea de comer pollo me revolvía el estómago por completo!

A la mañana siguiente, necesité la ayuda de Cole para arrancarme todas las plumas de la nuca y los hombros. También me habían salido algunas grandes en la espalda y ahí no alcanzaba.

Nos llevó veinte minutos a cada uno arrancarnos todas las plumas que nos habían crecido por la noche. Las escondimos en mi cajón de los jerséis. No queríamos que mamá y papá las vieran antes de que tuviéramos ocasión de explicarnos.

Las clases transcurrieron con increíble lentitud. La nuca y la espalda me picaban horrores y no hacía más que rezar para que no me crecieran las plumas mientras estaba en la escuela. También rezaba para que no me preguntaran en clase, porque cada vez cacareaba más. Hablar se estaba convirtiendo en una auténtica lucha.

Mi equipo de baloncesto tenía que jugar un partido en el gimnasio después de clase con un equipo femenino del condado vecino. Llevaba toda la semana esperando aquel partido, pero ahora lo único que quería era volver corriendo a casa antes de que alguien me viera cacareando o comiendo migas del suelo del patio.

Dejé caer los libros en mi taquilla. Me dirigía hacia la puerta de la escuela a hurtadillas cuando apareció la entrenadora Clay por

una esquina.

—¡Crystal, te buscaba! —exclamó.

—¿Cooco?

—Hilary tiene la gripe. Voy a ponerte en el equipo como pívot —me dijo.

—Coooco… —empecé, pero ella no me dejó continuar. Me puso las manos sobre los hombros, me hizo dar la vuelta y me condujo hasta el vestuario.

—Sé que lo vas a hacer muy bien —dijo—. Ve a cambiarte.

—Coococo —respondí. ¡En cualquier otro momento me habría vuelto loca de alegría! Iba a formar parte del equipo como pívot. ¡Era lo que había soñado durante todo el curso!

Mientras me ponía el uniforme, las otras componentes del equipo se acercaron a chocar las manos y desearme buena suerte.

«Quizá pueda hacerlo —pensé—. Quizá juegue realmente bien y pueda demostrarles lo buena jugadora que soy.»

Sin embargo, en cuanto empezó el partido, supe que estaba metida en un lío, y de los gordos.

18

Nuestro equipo se hizo con la pelota en el salto entre dos con que se iniciaba el partido. Yo me di la vuelta y eché a correr hacia la canasta del equipo contrario.

Me inclinaba hacia delante al correr, cabeceando sin parar y soltando cacareos. Intenté erguirme, pero no puede. Nuestra base lanzó a la canasta y falló, de modo que todas las jugadoras echamos a correr hacia la otra canasta.

—Nooooo —gemí. Horrorizada, me di cuenta de que no podía correr sin cabecear. Miré de reojo hacia el banquillo y vi a la entrenadora Clay con la vista clavada en mí.

—Crystal, ¿qué estás haciendo? —me gritó. También oí a algunos chavales riéndose de mí.

—Crystal, deja de hacer el payaso —me advirtió Gina, la otra pívot, en tono de censura.

El juego se desplazó hacia la canasta de las rivales y corrí por la cancha, pero sin dejar de cabecear. También, me di cuenta, corría con las piernas rígidas. ¡Ya no se me doblaban las rodillas! La pelota vino volando hacia mí. No logré cogerla. Tenía las manos metidas bajo las axilas y los codos hacia fuera a modo de alas.

Dejé escapar un ruidoso cacareo cuando la pelota me dio en el hombro, y cabeceé. Mis compañeras me gritaban, furiosas. La entrenadora Clay meneaba la cabeza en el banquillo. Las chicas del otro equipo se reían.

Había que correr hacia el otro lado de la cancha. Intenté sacar las manos de las axilas mientras corría; la cabeza se me movía sin

cesar y los labios me chasqueaban. Al mirarme las piernas, me detuve en seco.

¡No! Las tenía cubiertas de plumas blancas que empezaban a asomar. ¡Y todo el mundo podía verlas!

Oí un pitido. El árbitro señalaba tiempo muerto. Mis compañeras de equipo corrieron hacia el banquillo. Yo salí huyendo en dirección contraria. Abandoné el gimnasio y la escuela. Quería correr y correr y no detenerme jamás.

Me oculté en mi habitación a la hora de cenar. Estaba demasiado deprimida y asustada para comer. Quería contárselo todo a mis padres, pero ¿y si no me creían? ¿Y si pensaban que todo aquello era sólo una broma?

Después de la cena mis padres tenían que asistir a una reunión de la Asociación de padres de la escuela. Cole y yo esperarnos a oír cómo se alejaba el coche. Luego bajamos a la sala de estar y nos pusimos a cuatro patas para picotear las migas de la alfombra. Yo tenía el cuerpo cubierto de plumas blancas y marrones. Tardaría horas en quitármelas todas.

—Estoy… coocococo… estoy muy asustado —balbució Cole.

—Yo también —confesé, recogiendo una gran bola de pelusa con la boca.

—Crystal, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Cole en voz baja.

«No lo sé», iba a contestar yo, pero de repente supe exactamente qué teníamos que hacer.

19

Salimos al exterior. La noche era fría y ventosa. El aire me erizó las plumas. En lo alto, una pálida luna menguante se ocultaba tras finas nubes. Cole y yo caminamos por la calle que conducía al pueblo intentando darnos prisa, pero nos costaba mucho doblar las rodillas.

Las luces de un coche barrieron la calle acercándose a nosotros. Nos escondimos detrás de un seto bajo, cacareando suavemente. No queríamos que nadie nos viera de aquella manera, ni que nos preguntaran adónde íbamos.

Atravesamos el pueblo sin abandonar la parte de atrás de las tiendas. Los árboles susurraban y se mecían al viento. El aire se hizo húmedo y sofocante. Unas cuantas gotas me cayeron sobre la frente. Un dulce aroma me hizo respirar hondo. Salía de la panadería. Comprendí que la señora Wagner estaría haciendo buñuelos para el día siguiente. Un gemido lastimero escapó de mi pico. ¿Volvería a ser capaz de saborear uno? ¿O me pasaría el resto de mis días picoteando la comida del suelo?

Mi hermano y yo enfilamos el camino de tierra que conducía a la vieja granja de Vanessa. La noche se hizo más cerrada, también más fría, en cuanto nos alejamos del pueblo. Nuestros zapatos hollaban pesadamente la tierra. Minutos después vi el negro perfil de la casa de Vanessa recortado sobre el cielo gris.

—¿Qué vamos a… cooococo… decirle? —preguntó Cole en voz baja.

Me sequé una gota de lluvia de la ceja. Tenía las manos ásperas

y rugosas, y los dedos duros como huesos.

—Voy a… coococo… decirle cuánto lo sentimos —contesté—. Voy a decirle que no era nuestra intención tirarle la compra al suelo, que fue un accidente. Y también que lamentamos no habernos quedado para ayudarla a recogerlo todo. Cooococo.

Llegamos a la cancela de Vanessa. La puerta estaba abierta y daba golpetazos, impulsada por el viento. Alcé la vista hacia la casa, que se cernía sobre la hierba como una oscura criatura achaparrada. No se veía ninguna luz encendida. ¿Se había acostado ya?

—No… no… coococo… creo que esté en casa —susurró Cole.

—Pues claro que está en casa —repliqué con aspereza—. ¿Dónde iba a estar… coococo… si no? No hay ningún sitio adonde ir por la noche en Goshen Falls.

Traspasamos la puerta de la cancela. Yo intenté cerrarla para que dejara de dar golpes, pero el pestillo estaba roto.

—¿Qué le decimos después de disculparnos? —preguntó Cole, quedándose rezagado. Le puse una mano sobre el hombro y lo llevé conmigo hasta la puerta de entrada.

—Luego le pediremos que retire el encantamiento —dije, sin dejar de cacarear—. Le suplicaremos que nos devuelva nuestro aspecto normal.

—¿Crees que lo hará? —preguntó él con un hilo de voz.

—No lo sé —contesté—. Pero pronto lo descubriremos. —Llamé a la puerta.

20

No hubo respuesta.

La cancela dio un golpetazo a nuestra espalda. Sobresaltados, Cole y yo dimos un respingo. Respiré profundamente y volví a golpear la puerta con mi puño enjuto. Esperamos, mirando fijamente la puerta, escuchando el ronco susurro de los árboles y los golpes de la cancela. La casa siguió sumida en el silencio. Dejé escapar un suspiro de decepción y me volví hacia mi hermano.

—Tenías razón. Vanessa no está en casa.

Nos alejamos. Las nubes se alejaron también, dejando al descubierto la luna. Su luz plateada se reflejó en la ventana delantera.

—Vamos a asomarnos —propuse.

Nos acercamos a la ventana y, de puntillas, asomamos la cabeza al interior de la sala de estar. A la luz de la luna percibí las formas oscuras de los muebles, las anticuadas sillas de respaldo alto, un canapé cubierto de cojines y estanterías que cubrían desde el techo hasta el suelo. Todo tenía aspecto de ser muy viejo, pero no vi nada extraño ni amenazador. Entonces me llamaron la atención unos libros apilados sobre una mesita cuadrada que había junto al sofá. Eran grandes y gruesos; incluso con aquella luz mortecina, distinguí las cubiertas viejas y cuarteadas. Entrecerrando los ojos, divisé dos más que yacían abiertos sobre la mesita que había frente al sofá.

—Cole… —susurré, notando que el corazón empezaba a latirme deprisa—. ¿Ves esos libros viejos? ¿Te parece que puedan ser libros de magia?

—¿Eh? —Cole aplastó la cara contra el cristal—. ¿A qué te refieres?

—Ya sabes. Cooococo. Libros sobre encantamientos. Libros de brujería. A mí me parece que podrían ser viejos libros de encantamientos, ¿no crees?

—Sí —dijo Cole, asintiendo—. Quizá.

Le arranqué una pluma de debajo del mentón.

—¡Ay! —aulló él—. ¿Por qué has hecho eso?

—Lo siento —dije, encogiéndome de hombros—. Me molestaba. —Volví a mirar por la ventana y me fijé en los libros.

—Vámonos —me instó Cole, tirándome del brazo—. No está.

—Pero esos libros sí —repliqué yo, desasiéndome—. Y si son libros de encantamientos, podríamos encontrar el que nos interesa. Ya sabes… cooo-coco… el que contiene nuestro hechizo ¡Podríamos devolvernos a la normalidad nosotros mismos!

Cole puso los ojos en blanco y chasqueó el pico.

—Ya, claro. ¡Y luego a lo mejor yo agito las alas y pongo un huevo!

—Déjate de sarcasmos —le reprendí—. Puede que resulte ser una mala idea, pero es algo.

Llevé a mi hermano hacia la puerta. Di la vuelta al pomo y empujé. La pesada puerta se abrió con un chirrido.

—Cooococo. Echemos un vistazo rápido a esos libros —dije a mi hermano, adentrándome en la fría oscuridad de la casa—. ¿Qué podemos perder? —Arrastré a Cole hasta el vestíbulo. La casa olía a café y a especias: un aroma dulce y acre a la vez. Encabecé la marcha hacia la sala de estar. La luz de la luna se colaba por la ventana delantera. Las tablas del suelo crujieron bajo mis suelas. Me detuve junto al sofá y contemplé el montón de libros viejos. Acercaba la mano para apoderarme del primero cuando un furioso chillido me dejó paralizada.

—¡Ohhh! —Retiré la mano.

—¡Vanessa! —exclamó Cole.

21

Me quedé sin respiración. Di media vuelta… y vi al gato de Vanessa saltar sobre el respaldo de una vieja butaca. Los ojos del gato lanzaban destellos dorados a la pálida luz. El animal volvió a enseñar los dientes y dejó escapar un siseo de furia.

—Creía… creía que era Vanessa —musitó Cole con voz estrangulada—. Ese gato… cooococo… no nos quiere aquí.

—Bueno, no nos quedaremos mucho —le dije al gato, haciendo señas a Cole para que se acercara al sofá—. Ayúdame a revisar estos libros. Si encontramos el que nos interesa…

Cuando Cole pasaba junto a la butaca, el gato quiso darle un zarpazo.

—¡Eh! —exclamó Cole, esquivándolo.

—A los gatos no les gustan las gallinas —susurré. Agarré uno de los libros abiertos de la mesita y me lo acerqué a los ojos para intentar leer el título en la penumbra. Las letras estaban emborronadas y la pesada tapa agrietada por los años y cubierta de polvo—. No puedo leerlo —le dije a Cole. Vi que mi hermano se acercaba a la pared.

—Encenderé la luz —sugirió.

El gato volvió a sisear.

—¡No, no lo hagas! Nada de luz. Si Vanessa vuelve, no quiero que nos vea. —Froté el título del libro con el dedo e intenté descifrarlo—. ¡Eh, parece mentira! —exclamé, feliz.

—¿Qué es, Crystal? —preguntó Cole—. ¿Has encontrado…?

Antes de que pudiera contestar, se había encendido la lámpara

del techo.

—¡Ohhh! —exclamé al ver a Vanessa junto a la pared.

22

Retrocedí, dando traspiés. El libro se me cayó de la mano y fue a parar al suelo con un ruido sordo.

—Vanessa, yo… —Tragué saliva. Me di cuenta entonces de que estaba mirando un cuadro, un enorme retrato al óleo de Vanessa que cubría la pared—. ¡Oh, vaya! Ese cuadro es casi de tamaño natural. Me había parecido…

Me volví hacia Cole, que seguía junto al interruptor de la luz y contemplaba el enorme retrato.

—¿Has encendido la luz? •—pregunté.

—Sí —contestó—. Lo siento. No quería… co-ococo-cocooco… asustarte. He pensado que podrías leer mejor el título del libro.

¡El título del libro!

—¡Cole, creo que he encontrado el libro que buscábamos! —exclamé—. El primero que he mirado. —Me agaché, presa de excitación, y recogí el viejo libro del suelo. ¡Sí!—. ¡Cole, mira! —Mostré a mi hermano la tapa—. Se titula *Gallina, gallina, gallina*. ¡Tiene que ser éste! Si consigo encontrar el encantamiento que usó Vanessa…

—¡Entonces quizá logremos invertirlo! —exclamó Cole.

Un ruidoso portazo procedente de la parte delantera de la casa nos hizo dar un respingo. El gato negro soltó un agudo maullido y saltó del respaldo de la butaca al suelo para salir silenciosamente de la habitación.

—¿Ha sido la puerta de la cancela… o ha sido Vanessa? —pregunté.

Cole apagó la luz. Nos quedamos escuchando, paralizados, yo con el viejo libro fuertemente apretado contra el pecho.

No se oyó más que el silencio, luego otro golpetazo. Era la puerta de la cancela movida por el viento.

—Salgamos de aquí —susurré, alzando los ojos hacia la puerta principal.

—Coococo —convino Cole. Se dio la vuelta y echó a andar con las piernas rígidas hacia la puerta. Pese a la escasa luz, vi que le había crecido un espeso penacho de plumas en la nuca.

El gato de Vanessa se hallaba en el vestíbulo, en el suelo, con el lomo arqueado como si se dispusiera a atacar. Mi hermano y yo lo esquivamos con todo cuidado.

—Gatito bonito. Gatito bonito —mascullé. La airada expresión del minino no varió.

Abrí la puerta. El viento estuvo a punto de hacer que se me escapara el pomo de la mano. Cole y yo salimos al exterior y cerré. Llevé el pesado libro apretado contra el pecho durante todo el camino a casa. Nos inclinamos para andar contra el viento. Mi melena ondeaba como un estandarte.

Goshen Falls estaba sumido en la oscuridad. Todas las tiendas cierran temprano. Las únicas luces visibles eran las de la gasolinera de autoservicio que había en la primera esquina. Cole y yo avanzamos por el centro de la calle, medio caminando, medio trotando. Estaba impaciente por llegar a casa y encontrar el hechizo que Vanessa nos había lanzado.

Por fin apareció nuestra casa a la vista. El sendero de entrada seguía vacío. Mis padres no habían vuelto aún de la reunión de la escuela. «¡Bien! —pensé—. Quizás encuentre el encantamiento y consiga devolvernos a la normalidad antes de que vuelvan.»

Subí a mi dormitorio, seguida de Cole y sin soltar el libro. Él cerró la puerta después de entrar. Me dejé caer en el borde de la cama y abrí el libro sobre mi regazo. Cole se quedó de pie junto a mí, cacareando débilmente, mirándome mientras yo pasaba las viejas hojas rápidamente, entrecerrando los ojos para intentar descifrar la diminuta letra impresa.

—¿Y bien? —preguntó con impaciencia—. ¿Está ahí? ¿Está ahí el hechizo?

No contesté. Volví las páginas furiosamente, recorriendo las columnas con la mirada. Cada vez más deprisa, fui volviendo las páginas, notando los fuertes latidos de mi corazón.

—¿Y bien? —repitió mi hermano—. ¿Y bien?

Cerré el libro de golpe con repugnancia.

—¡Nooooo! —gemí, y arrojé el libro sobre la cama—. Cole —dije, meneando la cabeza con pesar—, hemos cometido una terrible equivocación.

23

Cole soltó un chillido de terror. Tenía erizadas las plumas de la nuca.

—Crystal, ¿qué pasa? —consiguió farfullar.

—¡No es el libro que buscábamos! —exclamé, bajando de la cama de un salto. Dejé un montón de plumas donde había estado sentada—. ¡Es un libro de cocina! ¡Es un libro de recetas de pollo!

—¡Buaf! —exclamó Cole.

La idea me dio náuseas. De repente, me picaban los brazos. Me miré y vi las plumas blancas que salían de la piel.

—Tenemos que volver —dije a mi hermano, dando fuertes chasquidos con el pico, que sobresalía ya más allá de la barbilla. Los dientes se me metían en las encías, a punto de desaparecer por completo. Tenía que realizar un esfuerzo sobrehumano para articular las palabras.

—¿Volver? —dijo Cole, tragando saliva.

—Antes de que sea demasiado tarde —susurré—. Antes de que nos hayamos convertido completamente en gallinas, de que ya no seamos humanos.

Cole no contestó. Tenía un nudo en la garganta. Yo recogí el libro y eché a andar hacia la puerta. Me detuve, horrorizada, al ver mi imagen en el espejo del tocador.

¡Mis ojos! ¡Mi cabeza! Mis ojos se habían convertido en dos pequeños círculos; también la cabeza me estaba cambiando de forma, estrechándose. Tenía los ojos muy separados y miraban hacia los lados.

—¡No! ¡Oh, nooooo! —Abrí el pico para soltar un quejido lastimero.

—¡Vamos, démonos prisa! —me apremió Cole, agarrándome de la mano. Sus plumas rozaron las mías. Una espesa capa de plumas blancas y cortas nos cubría el dorso de la mano.

—Sí, sí. ¡Deprisa! —repetí yo, cabeceando sin parar.

Bajamos las escaleras y salimos por la puerta, de vuelta a la noche oscura y barrida por el viento. Sentí el fuerte impulso de agacharme y picotear la grava del sendero, pero lo reprimí y continué trotando hasta la calle. Teníamos que volver a casa de Vanessa a toda prisa. ¿Conseguiríamos llegar a tiempo?

Lo normal era tardar diez minutos, pero a Cole y a mí nos costó mucho más, en parte porque teníamos ya las rígidas patas de las gallinas, y en parte porque es mucho más difícil ver por dónde vas ¡cuando tienes un ojo en cada lado de la cabeza!

El viento se había aplacado un tanto cuando llegamos a la granja de Vanessa. La pálida luz de la luna arrojaba sombras sobre el estropeado tejado de tablillas. Las ventanas seguían estando oscuras. Nos apoyamos en la cancela para recobrar el aliento y examinar la casa. No había signos aparentes de que Vanessa hubiera vuelto.

Con el libro de recetas de nuevo apretado contra el pecho, abrí la cancela y seguí hasta la puerta principal. Una vez más, se abrió fácilmente. Cole y yo entramos en la casa, aspirando la extraña fragancia especiada que flotaba en el ambiente.

—Cooocococo… ¿Vanessa? —llamé—. ¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Un par de ojos amarillos nos lanzaron una mirada furiosa desde la barandilla de la escalera. El gato negro bostezó. No le sorprendía lo más mínimo vernos aparecer de nuevo y, por el modo en que nos miraba, tampoco le gustaba nada que invadiéramos su hogar una vez más.

—No está —susurró Cole—. Démonos… coo-coco-cocooco… prisa.

Dejé caer el libro de recetas sobre la mesita y me volví hacia el

montón de libros que había junto al sofá. Al darme la vuelta, captó mi atención un cuenco que antes no había visto sobre la mesita. ¡Semillas de girasol! No pude resistir la tentación. Metí la cara en el cuenco y empecé a picotear las deliciosas semillas.

—Crystal, ¿qué estás haciendo? —exclamó Cole en un ronco susurro—. ¡Apártate de ahí!

Agarró un libro del montón y empezó a volver las hojas torpemente, con frenesí. Picoteé unas cuantas semillas más y luego yo también agarré un libro. Cole emitió un chillido triunfal.

—Estos libros… ¡son todos de magia! —dijo.

—Tienes… coococo… razón. Aquí hay docenas y docenas de encantamientos.

Cole hojeó rápidamente su libro. ¡Prácticamente los ojos le giraban como norias!

—¿Cómo vamos a encontrar el que nos hace falta? —preguntó.

—Creo que acabo de encontrarlo —le dije.

Llevé mi libro hasta la ventana y lo sostuve a la luz de la luna para verlo mejor. ¡Sí!

—¿Qué dice? —preguntó Cole excitado, dejando caer el libro y acercándose a mí sin parar de cabecear.

—Es toda una… cooococo… página de encantamientos de gallinas —contesté—. Este se llama: «Convertir seres humanos en gallinas.» Creo que es éste, ¿no te parece?

—No. ¡Busca el de convertir gallinas en seres humanos! —exclamó Cole.

—No está —dije, repasando las páginas—. Tendremos que invertir el otro.

—¡Bueno, pues venga! —me apremió mi hermano, moviendo la cabeza arriba y abajo agitadamente—. ¡Invirtámoslo! ¡Vamos! ¿Qué tenemos que hacer?

Me di cuenta de que la excitación no le dejaba estarse quieto. Metía las manos debajo de las axilas, sacaba los codos para formar alas y daba vueltas en círculos cacareando sin parar.

—¡Cole… coocococo-cooocococo! —dije en tono de reproche.

Él siguió cacareando sin hacerme caso, agitando los brazos y trazando un pequeño círculo una y otra vez. Volví mi atención al libro y leí el hechizo detenidamente. No parecía demasiado difícil.

No se necesitaban ingredientes especiales: consistía tan sólo en pronunciar unas cuantas palabras rápidamente y el que lanzaba el encantamiento tenía que cacarear y ejecutar una sencilla danza. Luego, según el libro, debías señalar a tus pobres víctimas y susurrar: «¡Gallina, gallina!» Exactamente lo que Vanessa había hecho con nosotros.

—Parece muy sencillo —dije a Cole—. Deja de dar vueltas y lo… cooococo… probaré.

Cole dejó de agitar los brazos y dar vueltas para volverse hacia mí.

—No te olvides de cococooooo —dijo.

Sabía lo que quería decir. Me recordaba que tenía que decir el encantamiento al revés. Mmm… Volví a repasar el libro. Aquello no iba a ser fácil, pero no teníamos otra alternativa. Debíamos intentarlo.

Con el pesado libro en equilibrio sobre una mano, señalé a Cole con la otra y luego a mí misma.

—Gallina, gallina —susurré.

Bien. Ése era el final del encantamiento. Bajé los ojos hacia el pie de la página, empecé a leer las palabras y luego fui subiendo.

—Cluck cluck chick. Chick cluck cluck chick. —El libro me decía que diera tres pasos hacia delante y dos a la derecha, de modo que di dos pasos a la izquierda y tres pasos hacia atrás. Repasé las palabras con mi flaco dedo de gallina, procurando leerlas a la inversa—: Chick cluck chick cluck. Cluck cluck chick.

Luego, siguiendo las instrucciones al revés, di dos pasos gigantescos y tres pasos a la derecha. Agité los brazos y cacareé cuatro veces. Finalmente, leí las primeras palabras del encantamiento:

—Cluck cluck chick cluck. Cluck chick cluck.

Eso era todo. Había leído el encantamiento al revés. ¿Funcionaría? ¿Nos devolvería a Cole y a mí a la normalidad? ¿Tendría algún efecto? La respuesta era sí. De pronto, empecé a notarme muy rara. Los brazos y las piernas me picaban horriblemente. Las plumas de los brazos se me erizaron. El libro se me cayó de la mano y golpeó el suelo. Vi aparecer unas manchitas en forma de huevo delante de mis ojos. Cuando las manchas

desaparecieron, la habitación se tino de color púrpura y empezó a moverse.

—¡Eh, algo ocurre! —exclamó Cole con una vocecilla que parecía muy, muy lejana.

«Sí, algo ocurre», pensé, agarrándome al alféizar de la ventana para no caer. Algo ocurría, pero ¿qué?

24

Me sentía mareada. La habitación daba vueltas y más vueltas. De repente, el suelo parecía quedar muy lejos. Parpadeé una vez y luego otra. El suelo seguía pareciendo muy lejano.

—Coococo… ¿Cole? —Me volví hacia mi hermano, y dejé escapar un agudo chillido de terror. Por fin sabía por qué el suelo parecía tan lejano. ¡Cole y yo habíamos crecido! Ya no éramos sólo gallinas, ¡éramos unas gallinas gigantescas!

—¡Soy… soy tan grande como un caballo! —exclamé, alzando la vista. Apenas unos centímetros separaban el techo de mi cabeza. Cole emitió un gemido de sorpresa. Todo su cuerpo temblaba y dejaba caer enormes plumas al suelo. Agitó los brazos y se desprendieron más plumas.

Vi el gato negro de Vanessa en el vestíbulo, con los ojos amarillos dilatados por el miedo. Arqueó el lomo, alzó la cola y siseó con furia. Di un paso hacia Cole. Mi enorme cabeza llena de plumas se movió arriba y abajo.

—¡Debo de haber cometido un error! —dije.

Cole daba brincos de un lado a otro, cabeceando frenético. Movió el pico, pero no salió ningún sonido de su garganta.

—Crystal, vuelve a intentarlo —consiguió decir al fin.

Sí, estaba en lo cierto. Tenía que volver a intentarlo. Tal vez no pudiera hacer que nos convirtiéramos de nuevo en seres humanos, pero tal vez recuperáramos nuestro tamaño normal. Me agaché para buscar el libro. Me costó bastante. ¡Yo era muy alta y el libro parecía del tamaño de un CD! Tampoco resultó fácil recogerlo del

suelo, pues se deslizaba entre mis dedos de gallina. El tiempo se nos hizo eterno hasta que volví a encontrar el encantamiento. Finalmente levanté e! libro para acercármelo al ojo derecho y empecé a pronunciar el encantamiento al revés una vez más.

«Por favor, por favor —recé mentalmente—. Que lo haga bien esta vez. Por favor, que el encantamiento de Vanessa desaparezca.» Por fin dije las últimas palabras.

—Cluck cluck chick cluck. Cluck chick cluck. —Volví a preguntarme si funcionaría, hasta que oí un cacareo ahogado de Cole desde el otro lado de la habitación.

Una vez más me sentí muy extraña. Las motas en forma de huevo centellearon frente a mis ojos, cegándome con su resplandor. Los cerré; pero seguía notando que la habitación daba vueltas. Intenté aferrarme a algo, pero sólo encontré el vacío.

—¡Ohhh! —Solté un ronco gemido al notar que empezaba a caer. Sí, me caía… me caía… Cuando abrí los ojos, no sabía dónde estaba. La habitación había desaparecido y estaba en una total oscuridad. Rodeada de… ¡Ahhh!

Miré el libro de encantamientos que se hallaba a mi lado, en el suelo. ¡Había crecido! ¡El libro era más grande que yo!

—¡Chirp chirp! —exclamé.

—Chirp chirp chirp —fue la débil respuesta de Cole. Me di la vuelta para buscarlo.

—¿Chirp?

—¡Chirp chirp!

¡Cole era un pollito amarillo! Tragué saliva. Sabía lo que eso significaba. ¡Yo también era un pollito amarillo! ¡Me había pasado de rosca al invertir el encantamiento!

Hice grandes esfuerzos por hablar, pero sólo conseguía emitir aquel débil «chirp chirp». Mis diminutas patas apenas sonaban en el suelo de madera.

—¿Chirp chirp? —preguntó Cole. El pobre parecía aterrorizado. El corazón me latía con fuerza en el pequeño pecho amarillo. De pronto me encolericé. ¿Por qué tenía que pasarnos aquello? ¿Poiqué creía Vanessa que tenía derecho a hacernos eso? Golpeé el suelo furiosamente con el pico. No tenía otro modo de dar rienda suelta a mi cólera, aunque no dispuse de mucho tiempo. Una oscura forma

en movimiento hizo que alzara los ojos. Vi la sombra gigantesca. ¡No! Era el gato de Vanessa. Estaba encima del escritorio, junto a una anticuada máquina de escribir que golpeó con la cola cuando se tiró al suelo. El animal cruzó la habitación rápidamente, en silencio; se cernió sobre mí con los ojos brillantes de excitación y me enseñó sus enormes dientes.

—¡Chirp chirp! —chillé, paralizada por el miedo. El gato se abalanzó sobre mí y noté sus garras alrededor de mi cuerpo diminuto. Luego las garras empezaron a apretar.

25

Intenté patalear. Intenté agitar los brazos. Intenté liberarme pero nada pude hacer contra aquel enorme gato. Sus patas delanteras siguieron oprimiéndome hasta que apenas pude respirar. Luego me cogió por la cabeza, me levantó del suelo y me dejó colgando unos segundos.

Quise chillar, quise desasirme, pero era demasiado pequeña y débil para hacer nada. Los ojos del animal echaban chispas mientras me balanceaba ante su cara. Abrió la boca y me metió dentro.

Ohhhh. El cálido aliento del gato retumbó en mis oídos. El interior de su boca era muy caliente, asquerosamente húmedo y pegajoso.

—¡Chirp chirp chirp! —chillé.

El gato me dio vueltas con la lengua y luego, para gran sorpresa mía, me escupió. Caí de lado con un fuerte golpe. A mi espalda oí los débiles quejidos de Cole. Me puse en pie con dificultad, queriendo echar a correr, pero el gato volvió a convertirme en su presa y me levantó del suelo entre sus fuertes patas.

Vi la cabeza del gato ladeada, el brillo plateado de la baba en sus colmillos, y noté de nuevo su aliento cálido y rancio en todo mi cuerpo. El gato me levantó por los aires, cada vez más alto. «¿Va a tragarme esta vez?», me pregunté.

No. Ronroneando, el animal me dejó caer al suelo. Aterricé de espaldas y agité los pies diminutos en el aire. Antes de que lograra ponerme en pie, el gato volvió a agarrarme, esta vez por las patas, y me balanceó de un lado a otro frente a su boca abierta.

«Está jugando conmigo —comprendí—. ¡El gato juega con su comida! Y cuando termine de jugar… ¡me comerá!»

Oí los chillidos de Cole en el suelo. El gato me sujetaba con una pata y me balanceaba, luego empezó a darme con la otra para hacerme girar.

Dar vueltas me mareó. Cerré los ojos. El gato volvió a dejarme caer al suelo. Aterricé de costado y me quedé quieta. Me sentía tan débil y asustada que ni siquiera intenté moverme. Jadeando con fuerza, esperé a que el gato volviera a abalanzarse sobre mí; esperé a notar sus garras alrededor del cuerpo y ser levantada por los aires una vez más.

Esperé… Al ver que nada ocurría, levanté la cabeza, intentando acostumbrar los ojos a la oscuridad. ¿Dónde estaba el gato? Oía a mi hermano chillando de terror por allí cerca. Lentamente me puse en pie y sacudí las plumas, húmedas y pegajosas por el rato pasado en la boca del gato. ¿Dónde estaba? ¿Por qué había dejado de torturarme? Las luces se encendieron y yo solté un agudo chillido cuando un enorme rostro bajó hasta mí. ¡Era Vanessa!

—¡Bueno, bueno! —Su voz retumbó en mis diminutos oídos—. ¿Qué es lo que tenemos aquí?

Su mano se abalanzó sobre mí y me levantó del suelo.

26

Vanessa me levantó y luego recogió también a Cole. Nos colocó en la palma de su mano y nos acercó a su pálido rostro. Los labios negros esbozaron una sonrisa complacida.

—Veo que habéis encontrado mi libro de hechizos, pollitos —bromeó—. Dejadme adivinar. Vosotros debéis ser Crystal y Cole.

Mi hermano y yo piamos con fuerza, dando brincos de protesta. Vanessa se echó a reír.

—¡Sois tan monos los dos! —exclamó—. Qué pena que tuviera que daros una lección. —Chasqueó la lengua.

Yo quería preguntarle por qué nos había hecho aquello a Cole y a mí. Quería prometerle que, fuera lo que fuera lo que hubiéramos hecho para merecerlo, no lo haríamos más. Quería pedirle que cambiara de opinión... ya. ¡Pero todo cuanto conseguí fue piar!

—¿Qué voy a hacer con vosotros dos? —preguntó Vanessa con los ojos relucientes—. ¿Os envío de vuelta a casa? Hay un largo trecho hasta allí y, seguramente, os comerían antes de que llegarais.

—¡Chiiiirp! —exclamamos Cole y yo a modo de súplica. ¿Cómo podíamos comunicarnos con ella? ¿Cómo hablarle? ¿Cómo? De repente, tuve una idea. Vanessa nos tenía justo encima de la vieja máquina de escribir. Miré hacia abajo. En el carro de la máquina había una hoja de papel en blanco. «¡Sí! —pensé—. ¡Sí! Es nuestra única oportunidad.» No lo pensé más. Salté de la palma de Vanessa y aterricé de golpe sobre el escritorio.

—¡Eh, pollito! —exclamó Vanessa, sorprendida, tendiendo la mano para volver a agarrarme; pero yo salté sobre las teclas de la

máquina, bajé la cabeza y empecé a golpearlas con mi pequeño pico.

Pulsé una «V», luego salté hacia la izquierda para pulsar una «A». Cuando la mano de Vanessa se acercaba para levantarme, me deslicé hasta la fila de abajo y pulsé una «N». La mano de Vanessa se detuvo a unos centímetros de mí. ¿Veía lo que estaba haciendo? ¿Había comprendido que quería escribirle un mensaje? La «E» estaba casi en lo más alto del teclado. Tropecé con las teclas y estuve a punto de pulsar la letra equivocada pero, finalmente, pulsé la «E». Luego retrocedí y pulsé «SS». Alcé la vista. ¡Sí! Vanessa me contemplaba; Cole seguía en la palma de su mano. Se inclinó sobre el escritorio y miró fijamente la hoja de papel.

Jadeaba cuando terminé de escribir y mi pequeño corazón latía con fuerza. ¡Había sido un trabajo duro! Sin embargo, el mensaje estaba escrito:

«Vanessa, lo sentimos mucho. No queríamos tirar tus compras. Hemos venido a disculparnos.»

Me dejé caer sin fuerzas sobre el escritorio, tan exhausta que apenas podía moverme. Me volví y levanté los ojos hacia Vanessa. ¿Nos ayudaría? ¿Aceptaría nuestras disculpas? ¿Nos devolvería el aspecto normal? Vanessa acercó su rostro a mí.

—Vuestras disculpas llegan demasiado tarde —dijo con frialdad —. No puedo hacer nada.

27

Cole pió en tono lastimero. Me levanté con un suspiro y volví a encaramarme al teclado con dificultad.

«Por favo», tecleé con el pico. Estaba tan cansada que no tuve fuerza suficiente para apretar la «R» final. Miré a Vanessa, esperanzada. Ella leyó lo que había escrito y se dio unos golpecitos en el mentón con las negras uñas.

—Bueno… —dijo al fin—. Me gusta la manera que tienes de decir «por favor». —Me levantó con suavidad y me dejó sobre la palma de la otra mano, junto a Cole—. La cortesía es muy importante —dijo, sosteniéndonos delante de su cara—. Sobre todo en los jóvenes. Eso es lo que más me importa en el mundo: los buenos modales. —Entrecerró los ojos—. El otro día, delante de la tienda —continuó en tono de censura—, no os disculpasteis por haber tropezado conmigo, así que no tuve alternativa. Debíais ser castigados. —Nos examinó, haciendo chasquear la lengua.

¡Así que por eso Anthony no se había convertido también en gallina! Antes de salir corriendo, él le había pedido perdón a Vanessa. ¡Ojalá Cole y yo lo hubiéramos hecho también entonces! No piaríamos como pollitos. Pero ¿cómo íbamos a saber nosotros que Vanessa era una maniática de los buenos modales?

Vanessa nos llevó a un estante alto y nos sostuvo frente a los libros para mostrárnoslos.

—¿Veis mi colección? —preguntó—. Son libros sobre etiqueta. Docenas y docenas de libros sobre los buenos modales. He dedicado mi vida entera a los buenos modales. —Nos miró con severidad—.

Ojalá los chicos de hoy en día no fuerais tan groseros. Desearía poder ayudaros, en serio, pero vuestra disculpa llega tarde, demasiado tarde.

Nos depositó a los dos sobre el escritorio. Creo que se le estaba cansando la mano, porque se la frotó cuidadosamente con la otra. «¿Y ahora qué?», me pregunté. ¿Pensaba mandarnos de vuelta a casa así? Vanessa tenía razón, jamás lo conseguiríamos. Algún animal, ya fuese un perro, un gato o un mapache, nos convertiría en su cena antes de que hubiéramos recorrido una manzana. Empecé a piar, presa del pánico, con las plumas erizadas. ¿Qué podíamos hacer? Tuve una última idea a la desesperada. Una vez más, me subí al teclado de la máquina de escribir, y empecé a pulsar teclas…

«Gracias por explicárnoslo, y gracias por intentar enseñarnos a ser corteses. Sinceramente tuyos, Cole y Crystal.»

He dicho que fue una idea desesperada, tan desesperada como pueda estar una persona convertida en pollo. Miré a Vanessa mientras ella leía el mensaje, esperando… esperando…

—¡No me lo puedo creer! —exclamó. Arrancó la hoja de papel de la máquina y la volvió a leer—. ¡Una nota de agradecimiento! —dijo—. ¡Me has escrito una nota de agradecimiento! —Nos miró a Cole y a mí con una amplia sonrisa—. ¡Los chicos de hoy en día ya no escriben jamás notas de agradecimiento! ¡Esto es lo más cortés que he visto en mi vida! —Vanessa empezó a bailar con el papel en las manos—. ¡Una nota de agradecimiento! ¡Una auténtica nota de agradecimiento! —De repente, se dio la vuelta, señaló a Cole con un dedo y luego a mí. Masculló unas cuantas palabras y volvió a señalarnos.

—¡Aaaaah! —exclamé al notar que mi cuerpo crecía. Me sentía como un globo al inflarse. Las pequeñas plumas amarillas se me cayeron. Volvió a crecerme el pelo. ¡Volvía a tener brazos… y manos!

—¡Yuupiiii! —exclamé, y Cole se unió a mi feliz grito. ¡Volvíamos a ser los de antes, Vanessa nos había devuelto nuestro aspecto de siempre!

Cole y yo nos pellizcamos mutuamente, sólo para asegurarnos. Luego, echamos la cabeza atrás y prorrumpimos en carcajadas. ¡Nos sentíamos muy felices! Vanessa también rió. Al final reímos todos

juntos alegremente. Luego Vanessa se dio la vuelta y se fue a la cocina.

—Dejad que os sirva un refresco —dijo—. Sé que estos encantamientos pueden dejar sedienta a una persona.

—¡Gracias! —dije, recordando lo importante que era la cortesía para Vanessa.

—¡Sí, gracias! —añadió Cole estruendosamente.

Mi hermano y yo nos sonreímos y volvimos a pellizcarnos. ¡Piel! ¡Piel auténtica, sin plumas! Moví los labios. Me los humedecí con la lengua; eran labios suaves y humanos que no daban chasquidos. Vanessa regresó con dos vasos de Coca-Cola.

—Sé que a los jóvenes os gusta la Coca-Cola —dijo, tendiéndonos un vaso a cada uno—. Bebed —nos animó—. Sé que habéis pasado un mal trago.

Realmente, yo tenía una sed terrible. Bebí unos cuantos sorbos largos de Coca-Cola fría y noté un hormigueo en la lengua. ¡Fantástico! Era mucho mejor que picotear migas de la alfombra. Vaya. Me sentía muy feliz de volver a ser yo misma. Alcé los ojos y vi que Cole se llevaba el vaso a la boca y que apuraba la Coca-Cola. ¡Qué sed tenía! Cuando terminó, dejó el vaso… ¡y soltó el eructo más sonoro que haya oído en mi vida! Cole se echó a reír, y yo también, pues había sido un eructo tan gracioso que no pude evitarlo.

Aún reía cuando Vanessa se acercó a mí. «¿Qué le pasa?», me pregunté. Vanessa señaló a Cole con el dedo y luego a mí, y susurró:

—Cerdo, cerdo.

Fin